

71475

Julio 16 / 88

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA CÁMARA

# EL TEATRO.

## COLECCION

### DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

#### ESPINAS DE UNA FLOR,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO, Y UN EPILOGO.

DÉCIMA EDICION.

MADRID:

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1868.

625

L47 - 5710

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

- Al cabo de los años mil...  
A mor de antesala.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angeia.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor azador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por somos.  
A falta de pan...  
Articulo por articulo.  
Aventuras imperiales.  
Achaques matrimoniales.  
Andarse por las ramas.  
A pan y agua.  
Al Africa.  
Bomto viaje.  
Boadicea, *drama heróico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.  
Bien vengas mal si vienes solo.  
Bondades y desventuras.  
Corregir al que yerra.  
Gonzales y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
Como se empene un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres politicas.  
Contraste s.  
Catalina.  
Cárlas IX y los Hugonotes.  
Carniol.  
Candidito.  
Caprichos del corazon.  
Con canas y polleando.  
Culpa y castigo.  
Crisis matrimonial.  
Cristóbal Colon.  
Corregir al que yerra.  
Clementina.  
Con la musica á otra parte.  
Uara y cruz.  
Dos sobrinos contra un tio.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...  
D. José, Pepe y Pepito.  
Dos mirlos blancos.  
Deudas de la honra  
De la mano á la boca.  
Doble emboscada.  
El amor y la moda.  
¡Está loca
- En mangas de camisa.  
El que no cree... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filantropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el mirinaque.  
¡Es una maíva!  
Echar por el atrio.  
El clavo de los maridos.  
El onenco no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un ángel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpu-  
jarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada dia.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El protegido de las nubes  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español en las cos-  
tas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.  
El último pichón.  
El literato por fuerza.  
El alma en un hilo.  
El alcalde de Pedroñeras.  
Egoísmo y honradez.  
El honor de la familia.  
El hijo del ahorcado.  
El dinero.  
El lorobado.  
El Diablo.  
El Arte de ser feliz.  
El que no la corre antes...  
El loco por fuerza.  
El soplo del diablo.  
El pastelero de Paris.  
Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.  
Francisco Pizarro.  
Fe en Dios.  
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el
- ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.  
Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.  
Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Medicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfecciones.  
Intrigas de lorador.  
Ilusiones de la vida.  
Jaime el Barbuño.  
Juan Sin Tierra.  
Juan Sin Pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.  
Los nerviosos.  
Los amantes de Chinchón.  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos españoles  
Los dos inseparables.  
La posadilla de un casero.  
La hija del rey Rene.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los exstasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofohia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condessa.  
La esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitanilla de Madrid  
La Madre de San Fernando.  
Las flores de Don Juan.  
Las aparenacias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos.  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Caridad.  
La niña Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (alegoria).  
La calle de la Montera  
Los pecados de los padres,  
Los infelices.  
Los moros del Riff.

247-5710

19-6a

# ESPINAS DE UNA FLOR,

SEGUNDA PARTE DE

## ¡FLOR DE UN DIA!!

DRAMA EN VERSO, EN TRES ACTOS Y UN EPILOGO,

ORIGINAL DE

**DON FRANCISCO CAMPRDON.**

Representado por primera vez en el teatro del Drama, en Marzo  
de 1852.

**DÉCIMA EDICION.**

*José Rodríguez*



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

*La propiedad de este drama, lá del de*

Flor de un día. Una ráfaga.

Libertinaje y pasión.

*y la del libreto de las zarzuelas*

El Dominó azul.

Por conquista.

Los Diamantes de la Corona.

Un pleito.

Tres para una.

Beltran el aventurero.

Guerra á muerte.

Un Cocinero.

El Vizconde.

¡Quien manda manda!!

El Diabolo en el poder.

El diablo las carga.

El Lancero.

El zapatero y el banquero.

Juan Lanas.

El gran bandido.

El relámpago.

Del palacio á la taberna.

Una vieja.

Los dos mellizos.

Una niña.

Los suicidas.

La Jardinera.

Marina.

*pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.*

*Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.*

EXCMO. SR. D. LUIS JOSÉ SARTORIUS,  
Conde de San Luis.

Muy Sr. mio: Creo que pesa un deber de delicadeza y gratitud sobre todos los que cultivan con fe la literatura dramática, de pagar un tributo de justa correspondencia á los desvelos y laudables esfuerzos del hombre que en el poder pretendió hacer de la literatura una carrera digna, considerada y gloriosa.

Yo, que la he emprendido con tanta fe como el que más, pensé desquitarme de esta deuda, dedicando á V. E. mi primera produccion: entonces era V. E. ministro, y este fué el único motivo que me impidió hacerlo: la poca conciencia de la propia fuerza me hacia apocado, y el temor de que mi insignificante dedicatoria pareciese una adulacion, me hacia orgulloso.

Hoy que estas consideraciones han perdido alguna parte de su fuerza, tengo el honor de dedicarle LAS ESPINAS DE UNA FLOR, sintiendo solo el que esta obra no sea tan digna de su buen talento como yo quisiera.

Con esta ocasion me complazco en renovar á V. E. mis respetos, y en repetirme de V. E.

S. S. Q. B. S. M.

S. Cauprodou.



SR. D. FRANCISCO CAMPRODON.

Muy Sr. mio, de todo mi aprecio: La carta con que me ha honrado V. ayér ofreciéndome la dedicatoria de su segunda comedia **ESPINAS DE UNA FLOR**, es para mí una flor sin las espinas que en otras tantas he hallado. En ese mismo conato mio que ha movido á V. á dedicarme su obra, en el deseo que siempre me ha animado de proteger al talento y de estimular á cuantos pueden demostrar al mundo que nuestra pobre patria produce aún dignos descendientes de los que con sus trabajos litararios llevaron el nombre español á todos los ámbitos de la tierra, ¡cuántas espinas me han punzado, no ya las manos, sino el corazon y el alma!

Sea, pues, bien venida esa flor que V. tiene la bondad de enviarme. Ella será para mí una siempreviva, que conservaré toda mi vida con gratitud sincera. Solo siento que en cambio de un don que tanto estimo por su índole y por la ilustrada persona de quien procede, nada pueda ofrecer á V. sino la estéril, pero verdadera amistad de su afectísimo y atento servidor

Q. B: S. M.

*El Conde de San Luis.*

Madrid 14 de Marzo de 1852.

PERSONAJES. ACTORES.

D. DIEGO CARVAJAL, de  
36 años..... D. JOAQUIN ARJONA.  
D.<sup>a</sup> ELENA DE VILLENA,  
su esposa, de 20 años... D.<sup>a</sup> MARIA RODRIGUEZ.  
LOLA, Marquesa de Monte-  
ro, de 27 años..... D.<sup>a</sup> TEODORA LAMADRID.  
P. JOSÉ, de 70 años..... D. ENRIQUE ARJONA.  
CÁRLOS, negro de 22 años. D. MANUEL OSSORIO.  
EL DOCTOR, de 50 años.. D. N. N.  
UNA DONCELLA..... D.<sup>a</sup> N. N.  
UN CRIADO..... D. N. N.  
UN MARINERO..... D. N. N.  
LA ABADESA..... SRA. CAMPOS.  
LA PORTERA..... D.<sup>a</sup> N. N.  
Comunidad de religiosas.

La época es en 1820, y el lugar donde pasa la accion la rada de Anton Lizardo, á cuatro leguas de Veracruz.

---

---

## ACTO PRIMERO.

Sala de una quinta elegantemente amueblada: dos puertas á la derecha, que comunican á las habitaciones interiores: dos puertas en el centro, de las cuales la de la derecha se supone que baja al jardín, y la otra comunica con el exterior: á la izquierda, en primer término, ventana, balcón ó mirador, con vista al mar, y puerta en segundo.—Al correrse el telon se vé á Carlos en la puerta de entrada, como si estuviese hablando con un criado, que no está á la vista del espectador: habrá dos mesas: encima de la una varios libros, y en la que está más cerca de la ventana, un anteojo marino, etc.

### ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.

¿No ha vuelto aún? pues lo siento:  
preciso es que me resuelva  
á esperar hasta que vuelva: (Entrando.)  
en fin, tomemos asiento.

(Se sienta y observa los muebles.)

¡Qué lujo tan especial  
tiene ese hombre en todo! Es justo,  
todo respira aquí el gusto  
de don Diego Carvajal.  
Es raro por vida mía,  
que jamás de él se despinte

ese sombreado tinte  
de vaga melancolía;  
tiene talento, valer;  
tiene hacienda, posicion,  
un hidalgo corazon,  
y una mujer... ¡qué mujer!  
Cuando la fortuna ingrata,  
el poder hispano hundiendo,  
le obligó á dejar, huyendo,  
las orillas de la Plata,  
emigrando á tierra extraña  
nos trajo á todos acá,  
que es en América ya  
el postrer resto de España.  
Hasta aquí todo se explica;  
lo que hallo más singular  
es que hiciese edificar  
esta posesion tan rica  
junto al mar, en una rada,  
tan lejos de Veracruz...  
Por la Virgen de la Luz  
que es excéntrica humorada:  
vamos á ver, ¿quién le quita  
vivir como un potentado?  
y prefiere estar aislado  
a ¡uí como un cenobita.  
Aunque pensándolo bien,  
con tan galana beldad,  
la más triste soledad  
se convierte en un eden.  
¡Qué mucho que con tal perla  
sea feliz un esposo,  
si yo me siento dichoso  
con soñar, callar y verla!  
¡Dios mio, por qué razon  
nos pintó la suerte avara,  
tan distinta nuestra cara,  
siendo el mismo el corazon!  
¡Ah! si á lo ménos viviera  
mi padre, cuál gozara hoy  
al ver que tan jóven, soy  
un capitan de carrera;

de un bergantín suyo, el Diego,  
con seis cañones por banda,  
que es relámpago si anda  
y un castillo si hace fuego.  
Bien que en la época presente,  
(Levantándose.)

á no mandarlo así armar,  
¿quién se atreve á navegar  
con tanto buque insurgente?

(Mirando á la ventana.)

Allí está: es una monada  
verlo cuando la mar crece  
lo coqueton que se mece  
sobre la muerta oleada.  
¡Por Cristo! ganas me dan  
de topar á un insurgente  
para probar á mi gente.

## ESCENA II.

D. DIEGO y DICHO.

- DIEGO. Buenos días, capitán:  
¿cuándo os poneis en franquía?
- CARLOS. Completo ya el cargamento,  
aprovecharé el buen viento  
zarpando este mediodía.
- DIEGO. ¿Vais contento?
- CARLOS. No por Dios.
- DIEGO. ¿Qué falta á vuestro reposo?
- CARLOS. Nada: me voy pesaroso  
porque os dejo triste á vos.
- DIEGO. Desechad esa aprension:  
es mi genio siempre así.
- CARLOS. Más alegre os conocí.
- DIEGO. Quizá no os falte razon;  
mas hoy, ¿quién puede vivir  
placentero en esta tierra,  
si en todas partes la guerra  
hace su estrago sentir?  
las colonias españolas  
son presa de males graves,

sin que ni una de sus naves  
venga á surcar estas olas;  
y del continente hispano  
en la opulenta region,  
solo nos queda el giron  
de este reino mejicano.

CARLOS. Dejad que ruede la bola,  
vos no la habeis de parar.

DIEGO. Es que no puedo olvidar  
que tengo sangre española.

CARLOS. Verdad que es un sacrificio  
dejar el nativo hogar:  
mas vos no os debeis quejar;  
fuera quejarse de vicio;  
sois jóven, sois poderoso,  
el cielo os dió una mujer  
que cifra todo su ser  
en el amor de su esposo.  
Don Diego, no es tan siniestra  
vuestra estrella combatida:  
muchos darian su vida  
por un dia de la vuestra.

DIEGO. ¡Quién sabe, Cárlos, quién sabe!

CARLOS. Pues no puedo adivinar...

DIEGO. Sois jóven para juzgar  
lo que dentro un alma cabe.

CARLOS. ¿Pues si posicion más alta  
á conquistar aspirais,  
no teneis cuanto anhelais?

DIEGO. Excepto lo que me falta.

CARLOS. ¿Qué os falta á vos?

DIEGO. Nada, Cárlos;

y pues tranquilo me veis,  
males que no comprendeis  
no querais adivinarlos.

CARLOS. Si os pudiese yo dejar  
tan feliz como deseo...

DIEGO. Lo creo, Cárlos, lo creo:

(Estrechándole la mano.)

y bien, ¿os gusta la mar?

CARLOS. Mucho: os juro por mi nombre  
que al perderme en su extension

encuentro mi profesion  
la sola digna del hombre;  
porque á lo ménos allí  
lucha solo el pensamiento  
contra el cielo y agua y viento,  
que se vienen contra mí.  
Y en tanto mi dignidad  
lisonjeo satisfecho,  
porque siento algo en mi pecho  
mayor que la tempestad.  
Y es el aliento divino  
que en medio de la tormenta  
se levanta y acrecienta  
en el alma del marino.

DIEGO. Por cierto que me gustaba  
esa escena grandiosa  
en época más dichosa  
en que tambien navegaba;  
nunca he podido encontrar  
sobre la tierra sombría,  
la dulce melancolía  
que hay en las noches del mar.

CARLOS. Cuando la luna bendita  
sobre las aguas retrata  
sus anchas cintas de plata  
que el mar ondulando agita;  
á sus tibios resplandores,  
sería un eden la vida  
con una mujer querida  
para razonar de amores:  
pero solo, sin consuelo,  
un suspiro el alma arroja,  
y no hallando quien le acoja  
se va mi suspiro al cielo.

DIEGO. Suspirar vos, ¿y por qué?

CARLOS. Porque vivo en soledad.

DIEGO. Vamos, decid la verdad:  
¿teneis amor?

CARLOS. No lo sé.

Á vos debo la carrera  
que de concluir acabo,  
y el alma de un pobre esclavo

se levantó de su esfera.  
Vuestra experiencia conoce  
que llega cierta ocasion  
en que nuestro corazon  
pide su parte de goce.  
De mi marina vivienda  
en la inmensa soledad,  
siento la necesidad  
de un alma que me comprenda,  
y la mirada afligida  
hácia el amor se dirige,  
sin hallar donde se fije  
en mi raza envilecida;  
en su mísera abyeccion  
no hay quien pueda concebir  
cierto modo de sentir  
hijo de la educacion.  
¿Y á qué mujer distinguida  
amaré con entusiasmo  
que no parezca un sarcasmo?

DIEGO.

Oid, Cárlos: en la vida  
hay tropiezos invencibles  
para toda criatura;  
y nuestra mayor tortura  
es desear imposibles.  
Hoy fermenta en vuestro pecho  
un gérmen de amor fecundo;  
capitulad con el mundo,  
tomadlo como está hecho:  
tras un bien vais desalado  
que nunca habeis conocido;  
y creedme, el bien perdido  
es peor que el bien no hallado:  
quizá algun dia encontréis  
una angelical criatura,  
á quien dar vuestra ternura:  
del porvenir ¿qué sabeis?  
para ser afortunado,  
para vivir y gozar,  
el que nada ha de olvidar  
tiene mucho adelantado.

CARLOS. Pero en los más verdes años...

de nuestra vida en la flor,  
el que vive sin amor...

DIEGO. Se muere sin desengaños.

CARLOS. Sentencia desesperada  
vuestro labio me predice.

DIEGO. La experiencia es quien lo dice;  
yo, Cárlos, no digo nada.

### ESCENA III.

DICHOS y ELENA.

ELENA. ¿Y qué dice la experiencia?

CARLOS. Que el mortal afortunado  
que tiene una Elena al lado,  
halla un cielo en la existencia.

ELENA. Diego, ¿lo crees tú así?

DIEGO. ¿Quieres tú ¡donosa idea!  
que en los ángeles no crea  
cuando yo te tengo á tí?

ELENA. ¿Pues por qué estás triste?

DIEGO. Elena...

ELENA. Me tienes muy enfadada;  
tu fuistes sin decir nada,  
y esto me da mucha pena.  
¿Estás disgustado, Diego?

DIEGO. No, querida, no; al contrario,  
fué un olvido voluntario.

ELENA. Que no los tengas te ruego,  
porque no quiero que el lazo  
de nuestro amor tenga fin:  
yo ni aun bajo al jardín  
sin ir á darte un abrazo.

DIEGO. Eso consiste, querida,  
en que eres mejor que yo.

ELENA. Perdona, Diego, eso no,  
pero no soy distraída.

CARLOS. ¡Dios mio, cuánto le adora!  
Don Diego, si permitis... (En actitud de irse.)

ELENA. ¿Carlitos, cuándo partis?

CARLOS. Dentro de un rato, señora.

ELENA. Llamadme Elena, pardiez,

no quiero tanto cumplido:  
¿acaso vos no habeis sido  
mi amigo de la niñez?  
Si lo repetis me enfado,  
con que tenedlo entendido.

CARLOS. Elena, yo no me olvido  
que soy hijo de un criado.

ELENA. Perdonad, Cárlos, si os digo  
que acá nadie os ha tratado  
como al hijo de un criado,  
sino como á nuestro amigo.

CARLOS. Lo sé, Elena, y sentiria  
morir sin hacerlos ver  
cuál lo sabe agradecer  
y lo aprecia el alma mia.  
Si algo teneis que mandar,  
partiré en breves instantes.

ELENA. Nada, pero espero que ántes  
nos volvais á saludar.

## ESCENA VI.

ELENA y DIEGO.

ELENA. ¿Has visto qué gallardía  
y apenas le apunta el bozo?

DIEGO. Por cierto que vale el mozo  
lo que su padre valia.

ELENA. Á no amarte con la vida  
hoy por la primera vez  
te hablara con esquivéz.

DIEGO. ¿De qué te quejas querida?

ELENA. Cumpleaños de nuestra union  
es hoy, y lo has olvidado.

DIEGO. Calla, es verdad, he faltado.

ELENA. Diego, no tienes perdon.

DIEGO. Son los recuerdos mejores  
que conserva el alma mia  
los de tan hermoso dia...  
voy á cogerte mis flores.

ELENA. No te incomodes por mí,  
que ahora al jardin me bajo.

y te ahorraré el trabajo  
cogiéndolas para tí.

### ESCENA V.

DIEGO.

(Viéndola salir.)

Y siempre así: de qué rebelde hechura  
está formado el corazón humano,  
que no pueda pagar esa ternura,  
capaz de embellecer una existencia,  
con el amor inmenso  
que merece esa santa criatura?

¿En dónde está la voluntad que quiere,  
que no sabe curar la acerba llaga  
de una llama voraz que no se apaga,  
de un recuerdo de amor que nunca muere?  
Bien se conoce en todo  
que formó Dios el corazón de lodo.

### ESCENA VI.

DIEGO y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. ¿Y bien, Diego?

DIEGO. (Tendiéndole la mano.) ¿Sois vos?

P. JOSÉ. ¿Ni en este día,

en que bienandanza mensajero  
espléndido de luz, el sol envía  
su rayo placentero,

ha de haber una tregua á la tristeza  
que nubla vuestra frente?

Esta aurora de amor ¿nada os inspira?

DIEGO. Para el alma doliente que suspira,  
es el día y la noche indiferente.

P. JOSÉ. ¿Y siempre ha de durar?

DIEGO. Hace cuatro años

que apuré, padre, del dolor la copa  
al dejar con mis solos desengaños  
las encantadas playas de la Europa:  
vos solo conocéis mi triste historia;

- murió mi corazón desde aquel día,  
dejando en mi memoria  
un velo de mortal melancolía.
- P. JOSÉ. ¿Conque ni el casto amor de vuestra Elena  
ha bastado á amenguar en vuestro pecho  
la funesta pasión que os encadena?
- DIEGO. ¿Á menguarla decis? Bulle en mi mente,  
arde en mi corazón, hierve en mi idea;  
ella es quien surca en mi tostada frente,  
y quiere Dios que mi martirio sea.
- P. JOSÉ. Callad, callad por Dios: si á los oídos  
llegan de vuestra esposa esas palabras,  
¡cuántos sueños de amor desvanecidos,  
cuánta ilusión perdida  
vendrían á amar de esa criatura  
la riente alborada de la vida!
- DIEGO. Harto os lo dije, que era un sacrilegio  
ir al altar á coronar de flores  
la sien de un ángel que de amor viviendo,  
necesita aspirar aura de amores.
- P. JOSÉ. Diego, no destruyais con vuestra pena  
la más hermosa acción de vuestra vida:  
cuando su padre, el general Villena,  
herido mortalmente,  
fió á vuestro cuidado  
el porvenir de su adorada Elena,  
jurásteis ampararla, como honrado.  
«Mi hija te ama, os dijo, eres mi amigo;  
»si tu cariño y amistad le falta  
»no le queda en la tierra más abrigo.»
- DIEGO. Por la misma razón que ella es un ángel,  
en cuya frente la inocencia asoma,  
no debí darle un corazón marchito  
como una flor que evaporó su aroma.
- P. JOSÉ. ¿Y por qué no? El ánima esforzada  
que, ahogando sus pesares,  
colocó entre ella y la mujer amada  
la zanja inmensa de los anchos mares,  
¡había de ser débil y encogida  
al encontrar un ángel como Elena,  
para caer vencida  
ante un deber que la moral ordena?

- DIEGO. Pero, sabéis que entónces como ahora  
en mí llevaba una mortal herida,  
que el alma me devora,  
y durará lo que mi triste vida.
- P. JOSÉ. Diego, esos sentimientos de ternura  
que dan al alma ensanche  
y que honda huella en nuestra vida imprimen,  
el cielo no ha querido que los manche  
ni los sepulte el lodazal del crimen:  
conozco su influencia,  
y sé que pasan cual boton de fuego,  
que deja un hondo surco en la existencia:  
mas sé tambien que en nuestros corazones  
hay fuentes mil que no se secan nunca,  
y al escuchar el llanto de los hijos,  
brotan un nuevo raudal si otro se trunca.  
Y os lo dije: si cabe un lenitivo  
que reanude del vivir los kazos,  
solo le encontrareis sobre la tierra  
cuando estrecheis un hijo en vuestros brazos.
- DIEGO. Sí: vos reanimásteis mi esperanza  
(Con abatida distracción.)  
mostrándome en lejana perspectiva  
una época de olvido y bienandanza  
que no espero alcanzar.
- P. JOSÉ. No de esa suerte  
aumenteis el sombrío colorido  
que en vuestro rostro sin cesar se advierte:  
anime ese semblante decaído  
la fe que infunde al alma combatida  
el sentimiento del deber cumplido.  
¿No teneis una esposa que os adora?
- DIEGO. Padre, á no ser por vos, más de mil veces  
hubiera dado rienda á mi tormento  
pidiéndola perdon de mi injusticia,  
pues tengo de su amor remordimiento.
- P. JOSÉ. ¿Qué hubieras conseguido?  
¿Amargar la ilusion de esa alma bella,  
matando sus placeres con decirle  
que vuestro corazon no es para ella?  
¿Y es este el pago que su amor merece?
- DIEGO. Teneis razon, despues lo sentia:

sabeis que yo la quiero, y si en el alma  
no queda más amor, no es culpa mía.

P. JOSÉ. Bien, Diego, bien; vuestra alma es generosa:  
todo infeliz en vos halló consuelo,  
y no permita el cielo  
que seais solo injusto con la esposa.

### ESCENA VII.

DICHOS, ELENA, que entra con una porción de flores.

ELENA. No me caben en la mano,  
vacío dejé el jardín.

(Al P. José.) Gracias que os vemos al fin;  
¿por qué os fuisteis tan temprano?

P. JOSÉ. Hija, tuve que cumplir  
una obligacion sagrada.

ELENA. Entónces no he dicho nada.

P. JOSÉ. ¿Qué, me querias reñir?

ELENA. No por cierto: bueno fuera  
que en tan placentero día  
á su ayo y á su guía  
su discípula riñera!  
(Dando las flores á Diego.)  
Tómalas.

DIEGO. Gracias, querida.

ELENA. Son el don de mis amores,  
ménos bellas que las flores  
de tu amor sobre mi vida.

DIEGO. ¡Angelical criatura!

ELENA. (Al P. José.) Vamos, decidme algo vos.

P. JOSÉ. Que la bendicion de Dios  
haga eterna tu ventura.

ELENA. Siempre lucirá serena  
mi existencia entre los dos,  
porque siempre fuisteis vos  
el ángel bueno de Elena.  
Fuisteis de mi infancia el guía,  
formasteis mi corazon  
y os debo mi educacion.

P. JOSÉ. Y me envanezco, hija mía.

ELENA. Pobre discípula he sido.

- P. JOSÉ. Sabes lo que has de saber:  
la ciencia de la mujer  
es amar á su marido.  
¿Y Cárlos?
- ELENA. Há poco vino;  
cuando entrabais, él salía.
- P. JOSÉ. ¿Cuándo parte?
- ELENA. Al medio día.
- DIEGO. Será un bizarro marino,  
que honrará al padre José.
- P. JOSÉ. Es muy honrado y cumplido:  
tan leal y agradecido  
como su padre lo fué.
- DIEGO. Si vieséis cuál se amedrenta  
ante el ajeno pesar...
- P. JOSÉ. No importa: su alma en la mar  
se crece con la tormenta.  
Vereis cuál sabrá cumplir  
el lleno de su deber:  
yo le he enseñado á creer  
y el mar le enseña á sufrir.

### ESCENA VIII.

- DICHOS y CÁRLOS.
- CARLOS. (Desde la puerta.)  
Señores, si dais permiso...
- DIEGO. De vos se está hablando; entrad.
- CARLOS. Dispuesto á hacerme á la vela  
me ocurre un estorbo.
- DIEGO. ¿Cuál?
- CARLOS. Que en el lejano horizonte  
me parece divisar  
un buque de grueso porte,  
que á no mentir la señal  
á una goleta española  
dando viva caza va.
- DIEGO. ¿De veras?
- CARLOS. Dadme el antejo.  
(Lo toma y se acercan todos á la ventana.)  
(Mirando.) No me engaño, no,

- (Dándolo á Diego.) Mirad,  
¿la veis?
- DIEGO. Efectivamente.  
Flotando en su tope está  
el escudo de Castilla;  
y parece navegar  
con rumbo hácia Veracruz:  
es de guerra.
- CARLOS. Ahora observad  
al que tiene á barlovento.
- DIEGO. Es un buque colosal  
con bandera colombiana.
- CARLOS. ¡Que no lo trague la mar!!  
¿No os lo dije? Un insurgente.
- DIEGO. Bien pronto la alcanzará,  
porque le ha ganado el rumbo  
y es buque de más andar.
- CARLOS. Vira y larga todo el trapo,  
que así te salvas quizás.
- DIEGO. Pues no vira.
- CARLOS. Es que sin duda  
quiere el combate aceptar  
con su cáscara de ndez.
- P. JOSÉ. Bravo será el capitán.
- DIEGO. Pone la enseña á media hasta.
- CARLOS. Pidiendo socorro está,  
y no creo que la puedan  
de Veracruz divisar.
- DIEGO. Hola... (Soltando el antejo.)
- CRIADO. (Saliendo.) Señor...
- DIEGO. Al momento  
que ensillen el alazan.  
Hierva la sangre en mis venas  
sin poderlo remediar,  
al mirar así humillado  
nuestro orgullo nacional.  
Carlos, ¿os atreveríais  
esa goleta á librar?
- CARLOS. Que si yo me atreviera...  
(Acercándose á la ventana y poniéndose las manos á  
los lados de los labios, grita:)  
Ah del bergantín, zarpad;

marinería, á las bergas,  
pronto el aparejo á izar.  
(Se oye un pito que marca la maniobra.)  
¡Listo!

- DIEGO. Cárlos, en vos fio.  
CARLOS. Vereis la que se armará;  
¿pero y si pierdo mi buque?  
DIEGO. Con tal que vos no os perdais,  
haced de su casco astillas,  
que buque no os faltará.  
ELENA. Cárlos, tened mucho juicio;  
por Dios que no os expongais.  
CARLOS. Señora, nadie da fondo  
sino cuando lo ha de dar;  
si está escrita allí mi hora,  
lo que haya de ser, será.  
DIEGO. Cárlos, yo parto al galope:  
si algun buque de guerra hay  
de Veracruz en el puerto,  
que irá á ayudaros, contad.

### ESCENA ÚLTIMA.

Salen juntos un CRIADO, que se dirige á D. Diego, y un MA-  
RINO, que se dirige al capitán.

- CRIADO. El caballo está ensillado.  
MARINO. El buque, zarpando está.  
DIEGO. (Alargando la mano á su esposa.)  
Adios, Elena.  
P. JOSÉ. (Abrazando al capitán.)  
Adios, Cárlos.  
DIEGO. (Á su Criado.)  
Á Veracruz.  
CARLOS. (Á su Marino.) Á la mar. (Saltando ambos.)  
P. JOSÉ. (Levantando los ojos al cielo.)  
Proteja el cielo al marino.  
ELENA. Dios me lo devuelva en paz.  
(Se asoma á la ventana para verlos salir, y saludán-  
dolos con el pañuelo. Cae el lelon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, á su doncella, CÁRLOS, que entra despues de la primera redondilla.

- ELENA. Bien; á su cuarto tornad  
y estad con mucho cuidado;  
no os separeis de su lado:  
cuando despierte avisad.
- CÁRLOS. (Entrando.) ¡Qué novedad os desvela  
que estais tan madrugadora?
- ELENA. Por cuidar á esa señora  
me pasó la noche en vela:  
era tan triste su estado  
al desembarcar ayer...
- CÁRLOS. Es verdad.
- ELENA. ¡Pobre mujer,  
cuánto debe haber pasado!
- CÁRLOS. Por cierto no creí yo  
salir tan bien del percance,  
porque fué apurado lance.
- ELENA. Contadme lo que pasó.
- CÁRLOS. Al zarpar ayer mañana,  
á las dos horas de viento,  
tenia ya á sotavento  
la fragata colombiana:  
la goletilla española,  
de balas acribillada,  
se batía encarnizada

casi á tiro de pistola.  
Un marino distinguia  
que al tope se encaramaba,  
y la bandera amarraba  
y la zágula rompía.  
Bien, dije, bien por España;  
sin rendirse se va á hundir.

ELENA. ¿Y eso, qué quiere decir?

CARLOS. Que no lo entendais me extraña;  
equivale á contestar:  
me bato hasta que me pierda,  
porque cortando la cuerda  
ya no hay medio de arriar.  
Á tan honroso acicate  
dejé yo flotar pareja,  
del pico de mi cangreja  
la bandera de combate,  
y como salva de honor  
á nuestro español escudo,  
dieron juntas un saludo  
las seis piezas de estribor.  
Para la fragata fué  
mi salva poco oportuna,  
pues de las seis balas, una  
á flor de agua la clavé.  
No le hizo gracia la broma,  
porque me probó tambien  
que conocia muy bien  
el juego de daca y toma.  
Pues devolviendo cortés  
sus saludos á Castilla,  
me mandó una peladilla  
que me derribó el bauprés.  
Bramando yo de coraje  
al ver lisiado mi Diego,  
le puse la proa ciego  
ordenando el abordaje:  
del sol la serena luz  
en lontananza alumbraba  
buque español, que asomaba  
del puerto de Veracruz.  
La goletilla entre tanto,

hecha trizas la obra muerta,  
con sus héroes á cubierta  
se iba hundiendo y disparando.  
Ala, dije á la fragata,  
que ya nos viene refuerzo,  
hacha en mano y un esfuerzo,  
y hundimos á ese pirata.  
Debiólo de adivinar,  
pues dijo: ¿sí? pues me escapo:  
y largando todo el trapo:  
puso la proa á la mar:  
seguir la caza queria,  
porque alcanzarla contaba;  
pero mi intento estorbaba  
la fragata que se hundia:  
á socorrerla acudi;  
sus marinos trasbordé,  
y á esa señora encontré  
tambien, desmayada allí.  
De un general de valor  
ser la esposa me han contado,  
que iba á Veracruz, nombrado  
de nuevo gobernador;  
y parece que en la accion  
batallando decidido,  
perdió la vida, partido  
de una bala de cañon.  
El nombre quise saber  
del buque batallador:  
fué la goleta «Candor»  
salida de Santander.

- ELENA. Carlos, cuánto os agradezco  
tan bizarro proceder.
- CARLOS. Por cumplir con su deber,  
señora, no la merezco.
- ELENA. Cuando Diego sepa el hecho  
su gratitud será inmensa.
- CARLOS. Yo tengo ya recompensa  
en el placer de mi pecho.  
Y esa dama, cómo está?
- ELENA. Me alarmó anoche su estado,  
mas su delirio ha cesado

y duerme tranquila ya.

## ESCENA II.

DICHOS y la DONCELLA.

- DONC. Señorita...  
ELENA. ¿Quién me llama?  
DONC. Esa dama despertó,  
y por más que ruegue yo  
se obstina en dejar la cama.  
ELENA. ¡Qué locura! La deten:  
si tenerse no podrá.  
CARLOS. Así se distraerá;  
señal que se siente bien!  
dejad hacer á esa dama,  
porque, Elena, en casos tales,  
las afecciones morales  
no se curan en la cama.  
ELENA. ¿Creeis que sea mejor?  
CARLOS. Yo al ménos la dejaria.  
ELENA. Voy á hacerla compañía. (Vánse.)  
CARLOS. (Mirándola.) Cariñoso ángel de amor,  
¿cuánta ternura y encanto  
hay en tu casta sonrisa!  
¿cuán inocente es tu risa,  
cuán puro ha de ser tu llanto!  
¡Feliz el mortal que alcanza  
vivir en tu corazon;  
que es bella hasta la ilusion  
de amarte sin esperanza!

## ESCENA III.

- LOLA, que sale apoyada en el hombro de ELENA.  
ELENA. Bendiga el cielo la anhelada hora  
que en la suerte contraria,  
me permite mi estrella bienhechora  
tenderos una mano hospitalaria.  
LOLA. Gracias sin fin: ¿cómo os llamais?  
ELENA. Elena.

- LOLA. Tras el atroz naufragio,  
vuestra mirada de ternura llena,  
de la piedad de Dios es el presagio.
- ELENA. Al ménos hallareis un seno amigo,  
que en vuestros sinsabores  
y en vuestra adversa suerte os preste abrigo.
- LOLA. ¡Estoy tan avezada á sus rigores!...
- ELENA. Sus mercedes en mí, con tanto extremo  
el cielo ha prodigado,  
que siempre pido á Dios, cual bien supremo,  
el poder consolar á un desgraciado:  
ni un celaje ha turbado de mi vida  
el bello azul sereno;  
juzgad si debo pues agradecida  
partir el cáliz del dolor ajeno.
- LOLA. Por mi desgracia, Elena, vuestra mano  
que tantos males calma,  
su influjo bienhechor probára en vano  
para curar la soledad del alma.
- ELENA. ¿Y por qué, amiga mia? si el quebranto  
hoy contra vos se afana,  
vereis cómo es más dulce vuestro llanto  
vertiéndolo en el seno de una hermana.
- LOLA. Alma de ángel teneis.
- ELENA. ¿Creeis, señora,  
que no me prodigárais  
el bien escaso que os ofrezco ahora,  
si en mi lugar y caso os encontrarais!
- LOLA. Procurára imitar con eficacia  
sentimientos tan bellos,  
mas sé que hay sufrimientos, por desgracia,  
que la mano mortal no llega á ellos:  
cuando os hayan rasgado, amiga mia,  
del mundo los abrojos,  
comprenderéis, Elena, que hay un día  
en que falta hasta el llanto á vuestros ojos.
- ELENA. Ya lo comprendo, porque á un hombre adoro  
con ciega idolatría,  
(Con candoroso sentimiento.)  
y si Dios me robára este tesoro,  
yo creo que el dolor me mataría.
- LOLA. Os engañais: apurariais muda

una existencia amarga  
y sentiriais que esa pena aguda  
mata despacio, y la agonía es larga.  
Tambien á mí me sonrió la vida  
con verjel de flores,  
brindándome su copa sin medida  
el ángel tutelar de mis amores,  
y con el corazon embriagado  
miraba en lontananza  
el sendero mortal todo sembrado  
de dulce y melancólica esperanza.

ELENA. ¿No erais feliz entónces?

LOLA. Mucho, Elena;

pero yo no sabia  
que esa corriente límpida y serena  
pudiese el mundo envenenarla un dia;  
en una hora de olvido infortunada,  
mi mala estrella quiso  
que el corazon de la mujer formada  
borrase de la niña el paraíso.

ELENA. Pero la que bien ama, nunca olvida.

LOLA. Harto mi mal lo llora:

hubo una fatal época en mi vida,  
en que el buen ángel me dejó, señora,  
ahogó un momento mi recuerdo santo  
la vida bulliciosa;  
y al advertir que me ahogaba el llanto...

ELENA. ¿Volveriais en vos?

LOLA. ¡Ay! ya era esposa.

Entónces comprendió el alma afligida  
tras tanta pena junta  
que hay dardos que se saltan de la herida  
dejando dentro su acerada punta.  
Con la mente febril oía atenta  
de un hombre la pisada,  
que iba á venir á demandarme cuenta  
de una existencia entera marchitada.  
Del corazon se alzó una voz extraña,  
que gritaba potente,  
es él, es él, y el corazon no engaña  
cuando las horas su mal presente:  
llegó por fin en pos de su ventura,

y en su dolor sombrío,  
lanzó solo un acento de amargura  
que rasgó como un garfio el pecho mio.  
¡Ay! yo le oía hablar cual si me viera  
del cielo despedida,  
vibrando aquella voz tan placentera  
todas las ilusiones de mi vida.  
Á su acento de amor se renovaba  
la antigua pasión viva,  
y á detener en vano me esforzaba  
el corazón que á mi pesar se iba.  
Iba á partir, era el postrer momento  
que en el mundo le hallaba,  
y el labio, entre el sollozo y el lamento,  
le dijo que sufría y que le amaba.

ELENA. ¿Qué hicisteis?

LOLA.

Confesar lo que sentía  
á costa del reposo,  
pues cuanto el labio en su pasión decía  
lo estaba oyendo el marqués, mi esposo.  
Ciego, celoso y de furor sediento  
salió y le retó á muerte,  
queriendo ahogar un triste sentimiento  
en la bárbara lucha del más fuerte:  
él batallaba porque ver creía  
su nombre mancillado,  
y el otro con su sangre defendía  
á la mujer que le hizo desgraciado:  
Dios protegió su brazo y mi inocencia,  
y él respetó la vida  
del hombre que atentaba á su existencia,  
dueño y señor de la mujer querida.  
Montero, así mi esposo se llamaba,  
al ver tanta hidalguía,  
comprendió en aquella alma que luchaba  
una grandeza que él no conocía;  
y respetando entonces los pesares  
de un alma lacerada,  
mudo le vió surcar los anchos mares,  
para morir muy lejos de su amada.

ELENA.

¿Entonces hallaríais el reposo  
tras tanto sufrimiento!

¿Verdad? porque yo creo que al esposo  
le debemos también el pensamiento;  
yo, á lo ménos, que nunca he conocido  
más cariño que el suyo,  
con mi fe, con mi idea y mi latido,  
la dicha que me da le restituyo:  
y en languidez de amor, tranquilamente  
resbala el tiempo alado,  
pensando en él cuando lo lloro ausente,  
embebecida en él si está á mi lado;  
y por tanta merced inmerecida  
ante mi Dios me postro,  
yendo despues á reanimar la vida  
en la expresion de su moreno rostro.

LOLA. Guardad la santa fe de esa ternura,  
Elena; al cielo plegue  
que una nube sombría de amargura  
nunca á enturbiar vuestro horizonte llegue;  
pero si un día esa mortal batalla  
vuestra vida atropella,  
vereis que el corazon tiene una valla  
contra la cual la voluntad se estrella.  
Elena, si en un día desgraciado,  
no culpable, ligera  
hubierais vuestra dicha arruinado,  
alzando entre los dos una barrera,  
y al descender despues á la conciencia,  
á examinar el hecho,  
vieseis que habeis jugado la existencia  
desterrando la paz de vuestro pecho,  
¿qué hicierais vos?

ELENA. Hubiera sucumbido  
velando mi tormento,  
buscando en vano bienhechor olvido.

LOLA. Y volára tras él el pensamiento.  
Y cuando luego á sostener descendiendo  
el alma, suspirando,  
la ruda lucha en que su honor defiende,  
pero en que lo defiende agonizando;  
cuando entré los objetos que nos cercan  
en vez del placer de ántes,  
hay dos labios enfermos que se acercan,

cuyas almas se encuentran muy distantes:  
cuando anhelando desahogar la queja,  
del alma dolorida,  
ansiéis llorar, pero el deber no os deja.  
¿comprendeis la tristeza de esta vida?

ELENA. Me haceis estremecer.

LOLA. Así he pasado  
mi juventud, Elena;  
y á costa del dolor, Dios me ha dejado  
la frente, al ménos, levantar serena.

ELENA. ¿Y no os amó el marqués?

LOLA. Vivió sombrío,

y en su dolor profundo,  
mostraba la existencia de un vacío  
que no podia compensarle el mundo:  
ávido de emociones, procuraba  
echar de su memoria  
el oculto pesar que le aquejaba,  
y fijó sus miradas en la gloria;  
era un soldado de alma generosa,  
y á mí se acercó un día,  
diciéndome: doy gracias á mi esposa  
de haber guardado intacta la honra mia:  
del opulento reino Mejicano  
en las lejanas olas  
aún, de mil valientes en la mano,  
tremolan las enseñas españolas:  
no espero ya gozar días serenos,  
porque el vivir me hasía;  
pero mi triste vida quiero al ménos  
darla en provecho de la patria mia:  
quizás del campo en el bullicio inquieto  
se alejará esta sombra:  
Su Magestad, en un real decreto,  
gobernador de Veracruz me nombra:  
yo parto á aquel país: tan solo os pido  
con favor postrero,  
que como el sufrimiento hemos partido,  
dividamos la hacienda de Montero.  
Intenté disuadirle de su idea,  
pero todo fué en vano;  
le empujaba sin duda á la pelea

de un fatalismo el misterioso arcano:  
pues bien, le dije yo, ya que no pueda  
forzar vuestro camino,  
sacro un deber para llenar me queda,  
que es dividir, marqués, vuestro destino:  
nuestra triste existencia anudó un lazo  
de infortunio y de pena:  
hasta que llegue de la muerte el plazo,  
quiero vivir con vos. «Enhorabuena.  
»Hay un buque de guerra en la bahía  
»pronto á surcar las olas:  
»mañana, Lola, al despuntar el día  
»dejaremos las playas españolas.»  
Llegábamos con bien á estas regiones,  
hasta que el insurgente  
el paso nos cerró con sus cañones,  
obligando al combate á nuestra gente.  
Ya sabeis lo demas: allí ha caido,  
luchando cara á cara,  
y allí hubiéramos todos perecido,  
si vuestro capitán no nos salvara.

ELENA. Quizás discurra más tranquilo ahora  
el tiempo que os espera,  
y luzca al fin una serena aurora  
tras vuestra nebulosa primavera.

LOLA. ¿Creeis que pueda ser?

ELENA. En nuestra vida,  
del tiempo la mudanza

LOLA. tras de las penas, al placer convida.  
Sí, Elena, sí, habladme de esperanza:  
si alienta ese mortal á quien he amado  
con ciega idolatria,  
ayudadme á creer que no ha olvidado  
seis años de infortunio y agonía:  
al divisar la costa apetecida,  
parecía que el viento  
refrescaba mi frente envejecida,  
con brisas empapadas en su aliento.

ELENA. ¿Sabeis dónde se encuentra?

LOLA. Nada, Elena;  
pero hallarle confío.

(Con fe y expansion.)

- y si la muerte respetó su pena,  
no lo dudeis... su corazón es mío.
- ELENA. Sí, mas no os agiteis.
- LOLA. No temáis nada;  
dejad buscar salida  
á una triste pasión desventurada,  
que ha vivido seis años comprimida.  
(Se oyen cañonazos.)  
¡Ah!... (Con sobresalto.)
- ELENA. ¡Qué tenis!
- LOLA. Decid, por qué ha sonado  
este fuego horroroso?  
(Acercándose á la ventana.)
- ELENA. Es nuestro buque que en la rada anclado  
hace salva á la vuelta de mi esposo.
- LOLA. ¿No vais á recibirle, amiga mía?
- ELENA. Si fueseis vos tan buena  
que me lo permitieseis, bien iría.
- LOLA. (Abrazándola.)  
Id á gozar de vuestra dicha, Elena.
- ELENA. Pero sola ¿qué hareis?
- LOLA. Estoy temblando  
y he menester reposo:  
á mi cuarto me iré.
- ELENA. Vuelvo volando  
en cuanto abraza á mi querido esposo.  
(Acompaña á Lola hasta la puerta de su cuarto.)

#### ESCENA IV.

ELENA, tomando la capota.

¡Cuán late el corazón  
alborozado en el pecho,  
por tanta felicidad  
como me depara el cielo!  
Me parece oír rumor;  
sin duda está cerca Diego.  
(Acercándose á la ventana.)  
Dios mío, ya está en el patio.  
¿Has venido bien?... Me alegró.  
Carlos le cuenta el combate.

Dí que te lo cuente presto;  
que quiero darte un abrazo...  
¿Bajo?... Pues sube al momento...  
Tanto, que parece que hay  
un siglo que no te veo.

ESCENA V.

ELENA y DIEGO, que entra con el brazo sobre el hombro de  
CÁRLOS.

DIEGO. Muy bien, Carlos, muy bien, vuestra bravura  
estrecha más los lazos  
de amistosa ternura,  
con que al hijo de Juan he distinguido:  
¿qué quereis hoy de mí?

CÁRLOS. ¿Yo? vuestros brazos,  
si creéis que los haya merecido.

DIEGO. Tomadlos, pues pagáisme con usura  
el bien escaso que os brindó mi mano.  
(Volviéndose á Elena.)

¿Cómo estás tú, querida?

ELENA. Feliz cual pueda serlo una criatura.

DIEGO. Dios te hizo, Elena, un ángel de ternura  
para endulzar los males de la vida.

ELENA. Tenemos una huésped. ¡Si vieras  
cuán bella y desgraciada!

DIEGO. No puede serlo junto á tí.

ELENA. ¡De veras!

DIEGO. No soy quien lo digo, amiga mía,  
que es la comarca entera,  
que su consuelo en tus bondades fia.

ELENA. Yo lo aprendí de tí.

DIEGO. (Con mucho cariño.) Anda, y procura  
que el rico manantial de tus cuidados  
haga ménos cruel su desventura.

ESCENA VI.

DIEGO y CÁRLOS, que se ha quedado lánguidamente extáticos escuchando á Elena.

DIEGO. (Echándole el brazo en el hombro.)  
Cárlos, ¿en qué pensais?

CÁRLOS. (Volviendo en sí.) En nada.

DIEGO. ¿En nada?

Vamos, abridme el corazon entero,  
que en tan bella jornada  
nubes en torno de pesar no quiero.  
¿Teneis algun oculto sufrimiento?

CÁRLOS. Es una idea vaga  
que absorbiendo constante el pensamiento,  
no sé si me atormenta ó si me halaga.

DIEGO. Se me antoja que estais enamorado...

CÁRLOS. Mucho lo sentiria,  
porque ya veis, señor, cuánto perdiera  
un sentimiento tierno y delicado  
bajo la tinta de la cara mia.

DIEGO. Teneis razon, pues todos comunmente  
cuando abrimos el alma á los amores,  
con nuestro corazon solo contamos,  
sin fijar nuestra mente  
en que el delirio aquel que nos aqueja  
de un hermoso semblante lo heredamos.

CÁRLOS. ¿Por qué Dios no nos deja  
que cuando, al ménos, por amor penamos  
demos siquiera curso á nuestra queja?

DIEGO. ¡Ay, pobre Cárlos, qué espinosa senda  
empezais á seguir! No es poca dicha  
si podeis encontrar quien os comprenda;  
cruzaís la edad de goce  
en que se entrega el corazon sin dolo:  
cuando el primer harpon os lo destruce,  
consuéleos el pensar que no estais solo.  
¿Veis esa humanidad que se rebulle?  
Pues figuraos ver un cementerio  
en que, como la huesa al muerto engulle,  
cada cual va escondiendo su misterio:

- y de su pena y de su afan cargado,  
va siguiéndolo adelante,  
llevando su misterio sepultado  
en su nicho ambulante.  
Un misterio de lágrimas que aterra  
que solo Dios á distinguirlo alcanza,  
y en urna santa de recuerdos cierra  
la marchitada flor de la esperanza.  
Si pudiese leerse en lo más hondo,  
donde la hiel su líquido acibara,  
en cada corazón vierais un fondo  
más negro que el color de vuestra cara.
- CARLOS. Entónces es mentida  
la esperanza feliz que nos diseña  
como un vergel de flores nuestra vida.
- DIEGO. Si así lo es, gozad de ese paisaje  
contemplando las hojas purpurinas;  
mas no metais la mano en el ramaje,  
porque os van á hacer sangre las espinas.
- CARLOS. ¿Qué saca, pues, del mundo aquel que no ama?
- DIEGO. Muchas veces me he hecho esa pregunta.
- CARLOS. Se me antoja, don Diego, que esta llama  
es cuanto tiene de placer la vida;  
pues cuanta gloria á nuestro esfuerzo junta,  
es para darla á la mujer querida.
- DIEGO. Desear y esperar, esa es la herencia  
que nuestras madres al nacer nos legan,  
y nutrir de ilusiones la existencia,  
que nunca acaso á realizarse llegan.  
Aquel que un puro amor siente y concibe  
dentro su corazón, tiene un aroma  
que solo el que lo tiene lo percibe,  
que el ser dilata, que el dolor amengua;  
y al quererle dar forma la palabra,  
no sabe traducirlo nuestra lengua:  
no lo fijeis en nadie, os lo aconsejo,  
porque castiga Dios con mano dura  
al que gasta el aroma de su vida  
en el profano amor de una criatura.
- CARLOS. ¿Y vos me aconsejais de esa manera?  
¿vos, que cruzais el mundo venturoso  
en florida y perpétua primavera?

DIEGO. Por la misma razon que soy dichoso,  
os puedo hablar mejor de la materia  
y desmentir aquel refran que dice,  
cómo habla cada uno de la feria:  
escuchad: si el objeto á quien dais culto  
en lugar del amor, el oro fuera,  
¿pondriais vuestros fondos en las manos  
de un comerciante que quebrar pudiera?  
¿Verdad que no lo hariais? Pues entónces,  
¿por qué vais imprudente  
á arriesgar la ilusion de vuestra vida,  
dejándola pendiente  
del corazon de la mujer querida?  
Vos me dareis sin duda  
una sola respuesta que os abona,  
que cuando uno ama, la razon es muda,  
y con el corazon no se razona:  
tambien es verdad; mas si aún es tiempo,  
guardad intacta esa ilusion hermosa  
que surge á embellecer vuestra existencia:  
guardad esa esperanza venturosa  
que en vos se ha despertado,  
adorando en la idea, en la creencia,  
pero no en la mujer que os lo ha inspirado;  
porque ese vago anhelo, esa esperanza,  
que sin duda crear el cielo quiso  
para alentar nuestra mortal miseria,  
es una bella flor del paraiso,  
que muere al acercarse á la materia:  
¿pensais que es poca dicha la que os presta  
ese bello ideal en la memoria,  
y tener siempre el alma predispuesta  
á los bellos arranques de la gloria?  
Dad á vuestra ilusion el parecido,  
el tierno sentimiento  
y la lánguida faz de vuestra amada:  
mas no le deis su vida ni su aliento,  
si quereis conservarla inmaculada:  
porque al vivir en vos, vive robusta  
sin ser más que una hebra:  
si una mujer la guarda entre sus manos  
un día ú otro sin pensar la quiebra.

- CARLOS. Pero así no se alcanza  
un día de placer en nuestra vida.
- DIEGO. (Con intencien.)  
Más vale que murais con esperanza  
que el que vivais y la lloreis perdida;  
idos, si no, decid á una criatura,  
yo cuajo el ser y el pensamiento mio  
y absorto de mi vida la ternura,  
y todo junto á tu pasion lo fio:  
desde este instante habreis enajenado  
la dicha y el placer de vuestra vida,  
porque amanece un día desgraciado  
en que ama el hombre y la mujer olvida.
- CARLOS. Pero entónces, don Diego,  
á mi vez á la ingrata olvidaría.
- DIEGO. ¿Creeis que el hombre que ha quedado ciego  
llegue á olvidar jamás la luz del día?  
No olvida, Cárlos; la recuerda triste,  
y en funesta oscuridad sumido,  
mirando atrás, el alma se resiste  
á renunciar un bien que se ha perdido,  
y á medida que avance nuestra planta  
(En este momento aparece en la puerta el P. José )  
cabe el fin de la fúnebre existencia  
sentireis que implacable se levanta  
la cruel necesidad de su presencia:  
constante en la memoria  
os seguirá este amor hasta la muerte  
como un sueño de perdida gloria,  
como sigue la sombra al cuerpo inerte,  
y en el alma dormido,  
al más ligero son que le despierte,  
se levanta encarnado en el latido;  
y arrastrando la vida á tropezones  
y consumido por la ardiente llama  
en la melancolía,  
preguntareis al cielo cada día:  
¿dónde está el desenlace de este drama?

ESCENA VII.

DICHOS y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. (Tomándole la mano.)

En otra parte, en donde la ventura  
cifrada en otro objeto, no depende  
de la fragilidad de una criatura.

DIEGO. Bendito, padre, vuestro suave acento,  
que sostiene la planta vacilante  
de un cansado mortal, falto de aliento.

(Se abisma en un sillón, apoyando la cabeza en la mano.)

CARLOS. (Ap.) ¿Qué es lo que escucho? ¿qué mudanza  
¿En esta santa y plácida morada [es esa?  
también el infortunio deja impresa  
la salvaje señal de su pisada?

¡Ay! pobre ilusion mia:  
vive en mi corazón inmaculada,  
y embriagado en tu mística dulzura  
yo te guardaré pura  
en el seno del alma sepultada.

P. JOSÉ. Carlos.

CARLOS. ¿Qué me queréis?

P. JOSÉ. Elena os llama  
para que deis el brazo  
por los jardines á esa hermosa dama.

ESCENA VIII.

DIEGO y el P. JOSÉ.

P. JOSÉ. (Acercándose cariñosamente á Diego.)

Dominad ese trastorno  
que agita vuestras pasiones,  
y escuchad las bendiciones  
que se alzan de vos en torno.

¿No veis que vuestro dolor  
puede llenar de amargura  
el alma de esa criatura  
que vive de vuestro amor?

- DIEGO. Teneis razon, padre mio:  
cuando en recuerdos me pierdo,  
encuentro algo en el recuerdo  
que domina mi albedrio.
- P. JOSÉ. Olvidad lo que pasó:  
¿no veis que es ya una quimera?
- DIEGO. ¡Olvidad! ¿qué más quisiera  
que poder olvidar yo?
- P. JOSÉ. ¿No veis vos que de esa suerte  
enconais más vuestra herida?
- DIEGO. Esa mujer fué mi vida  
y será tambien mi muerte.
- P. JOSÉ. Diego, me enfado de veras  
si dais en esos extremos.
- DIEGO. Teneis razon. padre: hablemos  
de cosas más lisonjeras.  
Decidme: ¿habeis ido á ver  
á los náufragos?
- P. JOSÉ. He ido,  
y á todos he socorrido,  
cual me mandasteis hacer:  
todos vierten sobre vos  
un colmo de bendiciones:  
creed, Diego, que esos dones  
son los más gratos á Dios;  
hay una noble señora  
que en el combate horroroso  
vió sucumbir á su esposo:  
con ella está Elena ahora.
- DIEGO. Me lo ha contado al llegar.  
¿Es española?
- P. JOSÉ. Sí tal,  
y esposa de un general  
que venia aquí á mandar:  
se queda en el mundo sola.
- DIEGO. Uno más en la familia.
- P. JOSÉ. ¡Qué pronto el bien se concilia!
- DIEGO. ¿Y cómo se llama?
- P. JOSÉ. Lola.
- DIEGO. (Estremecido.) ¿Qué decis?
- P. JOSÉ. ¡Qué agitacion!  
Se llama Lola os repito.

**DIEGO.** Ahora que te necesito,  
no me ahogues, corazón.

**P. JOSÉ.** ¿Será posible quizá  
que fuese...

**DIEGO.** ¡Ah... si el destino  
la trajese á mi camino...  
Pronto, padre, ¿dónde está?

### ESCENA XI.

Entran por la puerta del jardín LOLA, lánguidamente apoyada  
en el brazo de CARLOS, y á su lado ELENA.

**P. JOSÉ.** La teneis á vuestra vista.

**DIEGO.** (Lanzándose á ella con toda la efusion de su alma.)  
¡Lola, Lola!

**LOLA.** (Al verle y al oír su voz lanza un grito agudo y cae  
sin sentido en los brazos de Carlos.)

¡Ay!

**ELENA.** (Azorada, yendo á arrojarle en los brazos del P. José.)  
¡Virgen pura!

era un sueño mi ventura.

**CARLOS.** (Estupefacto.) ¿Qué es esto?

**P. JOSÉ.** (Recibiendo á Elena en sus brazos y levantando los  
ojos al cielo.)

¡Dios nos asista!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

---

## ACTO TERCERO.

---

Al levantarse el telon aparece Elena sentada en el sillón de la derecha melancólica y pensativa; Cárlos entrará respetuosamente hasta encontrarse cerca de ella.

### ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS y ELENA.

- CARLOS. Estais pálida, abatida;  
decid, ¿qué teneis, Elena?
- ELENA. Cárlos, no sabeis la pena  
que es querer sin ser querida.
- CARLOS. (Melancólico.) En efecto, ha de ser grave.
- ELENA. Cárlos, estos sufrimientos  
encierran hondos tormentos  
que el hombre de mar no sabe:  
no ameis nunca, os lo aconsejo,  
por las espinas que piso.
- CARLOS. Si amor me pide permiso,  
aprovecharé el consejo.
- ELENA. ¿Quién dijera, Dios eterno,  
que el breve plazo de un día  
á arrojarne bastaria  
del paraíso al infierno!
- CARLOS. Lo diria el que indeciso  
(Con violencia y concentracion.)  
ahogando su amor interno

- se quedara en el infierno  
sin ver nunca el paraíso:  
y lo diría cualquiera  
que en el sufrimiento agudo  
devorar el dolor mudo  
como un mártir en la hoguera.
- ELENA. Cárlos, esa voz no cabe (Con viveza.)  
sino en un hombre que ha amado.
- CARLOS. (Procurando reponerse.)  
No, Elena; ese es un tinglado  
que el hombre de mar no sabe.
- ELENA. Sufro mucho; dadme ayuda.
- CARLOS. (Enternecido) Elena, estais en error.  
Don Diego es mi bienhechor  
y os ama, no tengais duda.
- ELENA. No, Cárlos; la dicha mía  
ha muerto con su pasión.
- CARLOS. Señora, en su corazón  
no cabe una villanía:  
más si del dolor al peso  
resistir no os fuese dado,  
en mí tendreis... un criado;  
no sirvo más que para eso.
- ELENA. (Ap.) ¡Pobre Cárlos, cuán sincera  
su manera es de sentir!
- CARLOS. Elena, voy á partir,  
porque ya la mar me espera:  
mañana larga distancia  
nos separará á los dos:  
¿querreis acordaros vos  
del amigo de la infancia?  
Cuanto en mi corazón cabe  
en tres objetos se encierra;  
mis afectos en la tierra  
sois vos, don Diego y mi nave:  
mi suerte será siniestra  
si sé que sois desgraciada;  
mas si sois afortunada  
mi dicha será la vuestra.
- ELENA. Ah! Cárlos mis sufrimientos  
hallan en vos un sosten.  
El cielo os devuelva el bien

que me hacen vuestros acentos.  
CARLOS. Adios, señorita.

ELENA. Adios,  
criatura generosa.

CARLOS. Dios protegerá á la esposa.

ELENA. Solo puede hacerlo Dios.

(Carlos se vá por la puerta del fondo y Elena por la primera de la derecha.)

## ESCENA II.

D. DIEGO, sube pensativo del jardín y se para frente de la puerta de Lola, que es la segunda de la derecha.

¡Ella es libre! cuando Elena  
está de los dos en medio:

¡libre! cuando no hay remedio  
de romper esta cadena.

Libre y no me queda ahora

ni dónde exhalar mi queja ..

yo creo que Dios me deja

de su mano bienhechora.

No puedo vivir así,

es demasiado penar

tenerse que dominar

cuando un infierno hay aquí.

Termine este afán tan fiero:

suceda lo que suceda,

huyamos adonde pueda

decir siquiera, me muero.

(Se sienta á escribir.)

(Escribiendo.) No puedo hacerte feliz,

Elena mía...

(Se para, tira la pluma, y rasga el papel.)

Eso fuera

tener el corazón de fiera:

harto sufre la infeliz.

¿Y en dónde encontrar abrigo

en tan agudo tormento,

que amor y remordimiento

no vayan juntos conmigo?

Imposible; no hay valor

para huir indiferente  
de un ángel, que solamente  
se sostiene de mi amor.  
Ella viene; me precisa  
dominar mi agitacion:  
mientras muere el corazon  
busquemos una sonrisa.

### ESCENA III.

DIEGO y ELENA, que sale de su habitacion llorosa.

- DIEGO. ¿Por qué lloras tú, mi bella?  
ELENA. Porque en tu faz se retrata  
una pena que te mata,  
y yo soy la causa de ella.  
DIEGO. (¡Pobre criatura!) ¿Qué pena  
me puedes tú acarrear  
si para sufrir y amar  
eres un ángel, Elena?  
ELENA. Diego, la mujer que siente  
una pasion concentrada,  
cuando fija la mirada  
ve el corazon trasparente.  
DIEGO. ¿Qué ves?  
ELENA. Una cicatriz  
que vuelve á abrirse.  
DIEGO. (¡Qué escucho!)  
ELENA. Y veo que sufres mucho  
y que yo te hago infeliz.  
DIEGO. (Turbado y disimulando.)  
No tal: ¿qué quieres que yo haga  
para disipar tu error?  
ELENA. Que me devuelvas tu amor,  
único bien que me halaga:  
(Con candor y pasion.)  
tengo tu fe en los altares:  
si comprendes lo que te amo,  
por compasion te reclamo  
la mitad de tus pesares:  
cuando tengas de alegrías  
dulces horas placenteras,

- pártelas con quien tú quieras,  
más tus lágrimas son mias.  
DIEGO. (¡Dios mio!) Quizá obré mal  
cuando te hice mi esposa  
en no decirte una cosa  
que es mi tormento mortal.  
En mi juventud, querida,  
en España viví yo,  
y esta mujer absorbió  
toda la flor de mi vida:  
la amé con tal frenesí  
que la adoraba de hinojos;  
no viertan llanto tus ojos,  
no te conocía á tí;  
este mundo ruin, de lodo,  
debió ser para los dos  
un paraíso, más Dios  
lo dispuso de otro modo.  
Una ausencia dilatada  
tres años me tuvo aquí,  
y cuando á Europa volví  
ella ya estaba casada:  
Entónces comprendí lo que era  
esta palabra *jamás*,  
y para no verla más  
puse la mar por barrera.  
Mas como no está el destino  
sácio aún de mi congoja,  
hoy el infierno la arroja  
en mitad de mi camino.
- ELENA. No es ella por quien me asalta  
este llanto en que me anego:  
lo que á mí mata es, Diego,  
tu corazón que me falta.
- DIEGO. En el sentir y el amar,  
y eso, Elena, no te asombre,  
hay un misterio que el hombre  
nunca acertará á explicar.  
Dentro de su corazón  
siente cada uno en sí mismo  
la fuerza de un fatalismo  
que lucha con la razón:

es como una enfermedad  
que nuestro cuerpo atropella,  
que para librarnos de ella  
nos basta la voluntad:  
para recobrar la calma  
pediré á tu amor ayuda,  
y él disipará sin duda  
esta enfermedad del alma.

Respeto, pues, mis pesares  
con la fe en el corazón,  
y á ella... ténla compasión,  
tambien ha llorado á mares...

ELENA. Yo ceso de padecer  
si oigo tu voz cariñosa.

DIEGO. Bien. Hablemos de otra cosa;  
¿cómo sigue esa mujer?

ELENA. La dejé ya levantada.

#### ESCENA IV.

DIEGO y el DOCTOR.

ELENA. Pero aquí sale el Doctor,  
que nos lo dirá mejor.  
¿Cómo está?

DOCTOR. Muy mejorada;  
pero ha menester reposo;  
pues su estado es delicado,  
y se halla muy excitado  
todo el sistema nervioso.

ELENA. Pero ese acceso de fiebre  
que le da en horas constantes...

DOCTOR. Á merced de los calmantes  
procuraremos que quiebre.  
Ese delirio, esos sustos  
que extravían su razón,  
restos todavía son  
de los pasados disgustos;  
cuando cese el frenesí  
de ese diurno accidente,  
será quizás conducente  
el alejarla de aquí.

Mas durante la accesion,  
cuidad con mucha blandura  
que ni una palabra dura  
hiera su imaginacion:  
por Dios, nada de rigor,  
mientras exceso no sea,  
no contrarieis su idea.

ELENA. ¿Y si da en llorar?

DOCTOR. Mejor.

Para curar su dolencia  
es necesario.

DIEGO. ¿Qué escucho?

DOCTOR. (Bajo á D. Diego.)  
(Don Diego, conviene mucho  
que evite vuestra presencia.)  
Si pudierais alejarla,  
fuera lo más acertado;  
no le conviene en su estado  
nada que puede excitarla.

ELENA. Sí, pero yo no podré  
permitir que tal cual se halla...

DOCTOR. Descuidad, de esa batalla  
cuidará el padre José,  
que él sabe mejor que yo  
cómo se ha de gobernar;  
con que así, dejadle obrar.

DIEGO. (Ap.) Voy á perderla... eso no.

DOCTOR. Con vuestro permiso, pues,  
veré á los demas ahora.

ELENA. Cuidadles mucho.

DOCTOR. Señora,  
así lo haré: á vuestros piés. (Váse.)

### ESCENA V.

DIEGO y ELENA. Elena, acercándose á Diego, que ha quedado  
profundamente abismado en el sillón.

ELENA. Diego, te abruma un pesar  
y has menester un amigo:  
¿por qué no lloras conmigo?

DIEGO. (Friamente.) Porque... no puedo llorar.

ELENA. (Ap.) Dios mio! ¿qué he hecho yo para castigarme así?

### ESCENA VI.

DICHOS y el P. JOSÉ, que sale apresuradamente del cuarto de Lola.

P. JOSÉ. Pronto, pronto idos de aquí.

DIEGO. ¿Qué ocurre?

P. JOSÉ. El delirio entró con tal fuerza, que aunque lucho para dominar su estado, temo no me sea dado poderlo alcanzar.

DIEGO. ¡Qué escucho!

P. JOSÉ. Abrasada su frente arde por la voraz calentura; me horroriza su locura.

ELENA. (Azorada.) Vámonos, Diego.

P. JOSÉ. Ya es tarde.

### ESCENA VII.

DICHOS y LOLA, que en estado completo de enagenacion se precipita á Diego, como si estuviese perseguida por una vision.

LOLA. Ampárame por Dios. ¡Ay! te buscaba, no te separes de la vista mia, pues se me figuraba que la sombra del muerto me seguia.

(Fijando los ojos en la direccion por donde ha venido.)

Mírale, hácia aquí su planta mueve;

(Con desesperacion.)

dí que ser tuya solamente puedo:

le ves... á aproximarse no se atreve...

se va... te tiene miedo.

(Pasando sus manos por la frente.)

(Con fatiga.) Qué congojosas son estas visiones! no sé por qué van á turbar los lazos

de dos enamorados corazones...

¡Diego, qué inmensa dicha hay en tus brazos!

(Mirándole atentamente con cariño.)

¿Qué tienes? tu semblante está sombrío...

destierra esa tristeza, que me dañas;

no sabes, Diego mío,

que tú eres el amor de mis entrañas?

(Bajo.) No te separes nunca de tu Lola.

Esa turba de espíritus que vuelan

cuando me encuentran sola,

me cuentan unas cosas que me hielan.

(Con tierna melancolía.)

Des que dejó mi cama abandonada

de mi padre la sombra bienhechora,

siempre esconden debajo la almohada

alguna pesadilla aterradora.

Al ver que lloro de congoja llena,

estremecen mi cuerpo y mis sentidos,

tirando un cañonazo que resuena

como un eco de muerte en mis oídos.

(Con vaguedad.)

Y se van al jardín, tronchan las flores

que había yo dejado preparadas

para corona virginal de amores,

y dejan... rosas blancas marchitadas ..

(Con amargura.)

La rosa blanca es una flor tan triste,

hay en su palidez tanta amargura,

que la mano á tocarla se resiste;

me parece una flor de sepultura,

y luego fingen una voz doliente

que viene á fatigarme la memoria,

(Procurando recordar.)

escribiendo en mi frente

de... yo no sé qué naufrago la historia.

(Como recordando de repente.)

Ya me acuerdo: de un alma enamorada

que ántes de hundirse en las amargas olas,

volvía cariñosa la mirada

á las risueñas playas españolas.

(Perando la atención.)

¿Oyes, Diego, esa voz tan candorosa?

es la esperanza que en acento suave  
promete convertirme en mariposa  
para seguir el rumbo de una nave.  
De todas las visiones, solo esa  
no viene á henchirme de terror el pecho.

(Con cariñosa candidez)

¿Crees tú que me cumpla su promesa?  
¿verdad que si me engaña está mal hecho?  
porque á veces me empuja un torbellino

(En creciente desórden.)

y me hace andar, sin ver que estoy cansada,  
y si pido reposo en el camino

me dice que hasta fin de la jornada:

y cruzamos un valle pedregoso

y arenales tostados por el fuego,

y al fin me dice que hallaré reposo,

(Con fatiga.)

y camino... y camino... y nunca llego.

Crucé una inmensa tierra, en que las flores  
en lugar de rocío tienen llanto:

¡cuántos son del mundo los dolores!

nunca creí que se llorara tanto.

(Diego seca una lágrima que se le cae.)

¿Me vas á hacer llorar tambien ahora?

¿qué oculto afan tu corazon esconde?

(Repara en Elena y coge la mano de Diego.)

Ves, Diego, allí hay otra mujer que llora;

¿quién es? la he visto y no recuerdo dónde.

(Llamándola.)

Venid; (Á Diego.) llámala tú, vacila... vamos,  
se figura quizás que tengo celos;

(Con melancólica sonrisa.)

no sabe que nosotros nos amamos

con el amor tranquilo de los cielos.

(Mirando á Elena.)

¡Qué semblante tan lánguido y tan tierno!

parece un ángel que al Señor invoca.

(Acercándose á Elena)

Venid; (Al acercarse Elena va retrocediendo Lola  
despavorida, frotándose su frente con desesperacion.)

ES... ES...

(Dando un grito agudo.) ¡Elena, Dios eterno,

(Con desesperacion.)

¡no quiero la razon! vol... ved... me loca.

(Cae sin sentido en brazos del P. José, que la sienta en el sillón contiguo á la mesa de la derecha.)

P. JOSÉ. (Cogiendo á Diego y á Elena.)

Idos por Dios, idos presto;

ántes que vuelva ella en sí;

fiad su reposo en mí:

la religion hará el resto.

## ESCENA VII.

EL P. JOSÉ y LOLA.

P. JOSÉ. Dios mio, haz que en mí se note  
de tu apóstol la eficacia,  
y no retires tu gracia  
del labio del sacerdote.

(Toma la Biblia, que deja abierta en la mesa al lado de Lola: coge un pomo de esencia, y al dar señal de volver en sí, se retira tres pasos detrás del sillón. Lola abatida pasa la mano por la frente, sin ver á nadie á su alrededor.)

LOLA. Lazada de amor estrecha,  
bella esperanza soñada,  
como una arista tronchada,  
como una nube deshecha,  
¿por qué en la tierra desierta  
me dejas llorar cautiva?  
¿quién sostendrá el alma viva,  
si está la esperanza muerta?

(Al ir á dejar caer la cabeza sobre la mesa repara en el libro abierto, y cogiéndole maquinalmente, lee.)

«En sus quebrantos acuda  
»el alma justa al Señor;  
»él infundará valor,  
»su aliento le dará ayuda.  
»El soberbio, satisfecho  
»con la soberbia en que vive,  
»recuerda el mal que recibe  
»y olvida el mal que él ha hecho.»

(Suelta el libro conmovida y levantando los ojos al cielo.)

Dios mío, justo es tu azote,  
el castigo merecí.

¿Quién pondría el libro aquí?

P. JOSÉ. (Avanzando.) Este humilde sacerdote.

LOLA. Grandes verdades revela.

P. JOSÉ. Por cualquier parte que se abra  
se encuentra en cada palabra  
algo grande que consuela.

LOLA. ¡Consuelo! no le hay aquí  
sin esperanza en mañana.

P. JOSÉ. Señora, un alma cristiana  
nunca debe hablar así:  
si de Dios en la balanza  
vuestra alma no está en el fiel,  
levantad los ojos á él,  
y no os faltará esperanza.  
Veamos: cuando abrumada  
os encontráis de sufrir,  
¿en qué pensáis?

LOLA. En morir.

P. JOSÉ. ¿Y qué veis en torno?

LOLA. Nada.

P. JOSÉ. Vuestro lenguaje me enseña  
que Diego os conoce mal,  
os cree un alma colosal  
y en la lucha sois pequeña.

LOLA. (Herida.) Padre, si con un compás  
se midieran los tormentos,  
conoceráis sufrimientos  
que no comprendéis quizá.

P. JOSÉ. Hija, no tenéis razón:  
no quiera el egoismo alevé  
que de mis canas la nieve  
baje nunca al corazón;  
setenta años de existencia  
consolando á mis hermanos,  
en los tormentos humanos  
me han dado alguna experiencia:  
y cuando Dios me depara  
una herida cual la vuestra

pongo otra herida por muestra,  
y digo: mira y compara.

LOLA. Si mi herida comprendeis,  
decidme, ¿hay quien lo resista?

P. JOSÉ. Si: teneis otra á la vista,  
y no obstante no la veis.  
Un virtuoso corazon  
dentro de esta casa mora,  
que no ha sentido, señora,  
más que una sola pasion:  
jamás á Dios ha pedido  
bienes de fortuna, ni oro;  
no ha anhelado más tesoro,  
que el amor de su marido;  
é impelida siempre al bien  
por un pecho puro y santo,  
nunca ha visto correr llanto  
sin que llorara tambien.

Sucedió que una mañana  
acogió á una mujer bella,  
que encontró en los brazos de ella  
todo el amor de una hermana:  
y al fijar la vista en vos  
sin cuidar su bienestar,  
exclamó: la he de amparar,  
lo manda la ley de Dios.

Pues bien, des que aquella dama  
pisó esta casa, señora,  
la infeliz esposa llora,  
porque su esposo no la ama;  
y si hoy él solo es adusto  
é indiferente á su amor,  
es que le falta valor  
para ser del todo injusto.

Otra cualquiera criatura  
ménos angelical que ella,  
maldeciria su estrella  
y á quien causa su ternura;  
pero la infeliz solloza,  
y el propio dolor venciendo,  
se vuelve á su Dios, lamiendo  
la mano que la destroza:

porque hay allí un corazón  
creyente que espera y ruega,  
y lo que el mundo le niega  
lo busca en la religión.

LOLA. (Anonadada.)

Ruégoos que de cualquier modo  
pronto de aquí me saqueis.

P. JOSÉ. ¿Y lo que os diga, lo hareis?

LOLA. Méenos olvidar le, todo.

P. JOSÉ. ¿Y por qué olvidar le no?

LOLA. Porque lo ofreciera en vano;  
ved que eso no está en mi mano,  
mi amor puede más que yo.

P. JOSÉ. Lola, para remediar  
el mal, os debéis volver  
á Europa.

LOLA. (Desfallecida.) No puede ser,  
me moriria en el mar.

(Con expresion.)

Tengo el alma desgarrada,  
mi amargo llanto no veis?

(Llora.) ¡por piedad, no me obligueis  
á morir desesperada!

P. JOSÉ. Desventurada criatura,  
¿cuál es, pues, vuestra intencion?

LOLA. (Con ansiedad.) Buscar cualquiera rincon  
donde encuentre sepultura:  
llevadme pronto, en seguida,  
á un claustro, padre, á un desierto  
donde sepais que hallen puerto  
las borrascas de mi vida.

P. JOSÉ. (Atónito.) ¿Y tendreis resolucion?

LOLA. (Con entereza.)  
Irrevocable, os lo juro.

P. JOSÉ. Ved que este paso es muy duro.

LOLA. Dios me dará el galardón;  
y al ménos allí el Señor  
amparárá mi orfandad,  
y encontraré su piedad  
cuando me mate el dolor.

P. JOSÉ. (Enternecido.)  
Confiad en él, señora,

que en su precepto sagrado  
dice: bienaventurado  
aquel que en la tierra llora:  
su santa gracia os inspira,  
él sostendrá vuestra fe.

LOLA. (Ap. y con desfallecida resignacion.)

Y al ménos respiraré  
el mismo aire que él respira.

P. JOSÉ. Partamos, hija, los dos;  
la paz de Dios mereceis.

LOLA. ¿Y á salir me obligareis  
sin darle el último adios?

P. JOSÉ. ¿Para qué, hija? Si sincera  
es vuestra resolucion,  
vais á aumentar su afliccion.

LOLA. Será por la vez postrera.  
No temais que por la boca  
salga el fuego de esta pira;  
el amor que ese hombre inspira  
engrandece cuanto toca.

(Váse el P. José por la puerta de la izquierda, por  
donde se ha ido Diego.)

### ESCENA VIII.

LOLA sola.

Valor, corazon, valor,  
que tu rumbo no se fuerza;  
salga un exceso de fuerza  
del exceso del dolor.

### ESCENA IX.

LOLA y DIEGO, pálido, como un hombre gastado por el sufrimiento.

LOLA. (Fijando la vista en Diego, y procurando dominar su propia emocion con cariñosa languid:  
Diego, yo os hice llamar  
porque... me alejo de vos;  
el buen ministro de Dios

- guia mi planta al altar.
- DIEGO.** (Con nerviosa energía.)  
¿Y podreis dejarme así?
- LOLA.** No estorbeis esa partida;  
ved que no hay otra salida  
digna de vos y de mí.
- DIEGO.** (Con doloroso escepticismo.)  
Nuestras almas peregrinas  
que el amor habia unido,  
Lola, ¿qué habrá recogido?
- LOLA.** Nada; nada más que espinas.  
Desgarradora es la senda;  
pero en la tribulacion  
dando á Dios mi corazon  
será digna de él la ofrenda.  
(Con afectuosa expresion.)  
Y hasta que en el ataud  
hunda mi cuerpo el dolor,  
yo os conservaré este amor  
digno de vuestra virtud.
- DIEGO.** (Con desesperada sordida.)  
Callad: mi virtud es vana,  
porque vacila mi fe,  
y ya ni yo mismo sé  
qué será de mí mañana.  
Ay, Lola, me vuelvo loco, (Con pasion.)  
y en esta lucha homicida  
dejo á pedazos la vida.
- LOLA.** Valor, que ya falta poco.  
Apuremos como buenos  
esta senda de tortura,  
ya que no sin amargura,  
sin remordimiento al ménos.  
(Breve pausa.)  
Lancemos, Diego, la postrer mirada  
sobre el verjel de la pasada vida,  
pues podemos aún immaculada  
alzar la frente al cielo en la partida;  
de hiel, lágrimas tristes hoy derrama  
el alma dolorida y sin consuelo;  
solo uno queda, y es que nuestra llama  
fué digna de los ángeles del cielo.

Valor, que al cabo la jornada es breve.

(Llorando.)

En la bondad de Dios, Diego, esperemos;  
y aunque hoy en ambos el dolor se cebe,  
al fin de la jornada nos veremos.

(Diego se seca las lágrimas y Lola las suyas.)

¿Vendrá aquí Elena si la llamo ahora?

DIEGO. Nunca á su corazon se llama en vano:

(Acercándose á la puerta.)

Elena, ven.

## ESCENA X.

DICHOS, ELENA, y el P. JOSÉ.

ELENA.

¿Qué quieres?

DIEGO.

La señora

quiere el consuelo de estrechar tu mano.

LOLA.

(Dirigiéndose á Elena.)

Deseaba pedir os un abrazo.

(Diego se deja caer en el sillón de la derecha. Con  
explosión de llanto.)

¿Quereis dárme lo, Elena?

ELENA.

(Fijándose en la sufrida cara de Lola, y con cando-  
rosa expansion.)

Á Dios pluguiera

que cual es de cariño estrecho lazo,  
de dicha para vos bálsamo fuera.

(La abraza y besa.)

LOLA.

¿Me otorgará una gracia vuestro pecho?

ELENA.

Qué quereis?

LOLA.

Prometedme, hermana mía,

ser la postrera amiga de mi lecho  
cuando llegue mi hora de agonía.

ELENA.

¿Y si en el triste caminal de abrojos  
me alcanza ántes que á vos la hora postrera?

LOLA.

No; que aún verán serenos vuestros ojos  
lozana renacer la primavera.

¿Venir me asegurais?

ELENA.

Os lo aseguro.

LOLA.

Me moriría triste y solitaria,  
y en vuestro llanto hay un dolor tan puro,

que si mi fe vacila en la plegaria,  
vuestra virtud me servirá de ejemplo.

P. JOSÉ. (Cogiéndola enternecido.)

Vamos, hermana, á recobrar la calma:  
bajo la santa bóveda del templo,  
pediremos á Dios la paz del alma.

(Váse Lola lentamente, apoyada en él, enjugando sus lágrimas; Diego la sigue con los ojos, debiendo procurarse que ántes de llegar á la puerta haya lugar para los tres siguientes versos de Elena.)

ELENA. (Mirando á Lola.)

En los rudos embates del destino  
la mano del Señor calme tu pena  
y borde de azucenas tu camino.

(Al llegar Lola á la puerta de salida, se quita el pañuelo de los ojos para mirar lánguidamente á Diego, y desaparece. Al recibir Diego esa mirada, se levanta desencajado del sillón, y al advertirlo Elena, se precipita á él sujetándolo en sus brazos.)

Diego, Diego, por Dios.

(El primer movimiento de Diego es para desasirse de cuanto le sujeta; pero al fijar los ojos en la sufrida fisonomía de Elena, vuelve á caer aplomado en el sillón con la vista vaga y la voz apagada.)

DIEGO.

No es nada, Elena.

(Elena alza los ojos al cielo y se echa á llorar.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

---

---

## EPÍLOGO.

---

Humilde celda de una monja: alcoba con las cortinas caídas; reclinatorio con libros; puerta de salida á la izquierda, etc. Al levantarse el telon estará la comunidad arrodillada orando con el libro en la mano.

### ESCENA PRIMERA.

Se levanta la ABADESA, y las monjas la rodean.

ABADESA. Hermanas mías, de virtud modelo  
va al fin á conseguir días mejores,  
á Dios tendiendo su sereno vuelo,  
Sor María Dolores.  
El alma ya luchando se despega  
del frio engaste del carnal ropaje,  
el peregrino fatigado llega  
al fin de su viaje.  
Roguemos, pues, que en sus postreras horas  
para alcanzar el cielo que la aguarda,  
la ampare con sus alas protectoras  
el Ángel de la Guarda.  
La santa antorcha de la fe cristiana  
alumbre su alma en su postrera via;  
y mientras va doblando la campana

el toque de agonía,  
vamos al templo á alzar la pura ofrenda  
del alma recogida y solitaria,  
y envuelta en el incienso á Dios ascienda  
la voz de la plegaria.

## ESCENA II.

El P. JOSÉ y el DOCTOR, saliendo de la alcoba.

P. JOSÉ. Si pudiese hallarse medio  
de calmar su agitacion!

DOCTOR. Lesiones del corazon,  
padre, no tienen remedio.  
Su agonía será corta,  
pues se advierte de contado  
que palpita dilatado  
el cayado de la aorta;  
de la sangre el movimiento  
se percibe al simple oido,  
turbacion en el latido...  
acongojado el aliento...

P. JOSÉ. Y bien, ¿qué podria hacerse?

DOCTOR. Poco ó nada: es cosa sería  
un aneurisma en la arteria  
que está próxima á romperse.

P. JOSÉ. No la abandoneis, Doctor.

DOCTOR. Se encuentra tan delicada;  
si no, en un sillón sentada  
respiraria mejor,  
y esa alcoba es tan caliente  
y un vaho pesado exhala...  
que la saquen á esta sala,  
donde es más puro el ambiente.

P. JOSÉ. Vos que tenéis experiencia  
de lo que la ciencia alcanza,  
¿no abrigáis una esperanza  
de conservar su existencia?

DOCTOR. De mi ciencia las nociones  
las he estudiado completas,  
y he aprendido á hacer recetas,  
pero no á hacer corazones;

y aún así en edad madura  
el triste saber se adquiere  
de qué mal uno se muere,  
pero no cómo se cura...

P. JOSÉ. Vuestra sentencia me aterra.

DOCTOR. Lo siento, padre, por vos,  
mas si no viene de Dios  
no hallo remedio en la tierra;  
si otro desmayo la asalta  
la dareis éter á oler

P. JOSÉ. ¿Nada más queda que hacer?

DOCTOR. Nada más.

P. JOSÉ. Lo haré sin falta.

DOCTOR. (Sacando el reló.)  
Me he de ir, á vos la fio.

P. JOSÉ. Volved pronto.

DOCTOR. Si por cierto,

pero á mi vuelta os advierto  
que hallaré el cadáver frio. (Váse.)

(El P. José se acerca á la puerta; entran cuatro monjas que sacan de la alcoba á Lola desmayada en un sillón, y al estar en la escena les señala que se retiren.)

### ESCENA III.

P. JOSÉ y LOLA.

P. JOSÉ. Eterno Dios, que de tu inmensa altura  
tiendes una mirada cariñosa  
á la pobre criatura  
cuyo despojo va á cubrir la losa;  
cuando se rompan los vitales lazos  
con bien, Señor, á tu presencia arribe,  
y abriéndole tus brazos  
en tu misericordia la recibe.

(Toma un frasquillo de éter y lo hace oler á Lola, que hace un pequeño estremecimiento y abre los ojos.)

Se vuelve á reanimar;  
animacion pasajera!  
es la ráfaga postrera

de una luz que va á espirar:  
creed y esperad, hermana,  
que Dios os va á recibir.

(Se oye el lejano y grave tañido de una campana.)

LOLA. Padre, ¿qué quiere decir  
el toque de esa campana?

P. JOSE. (Con gravedad.)

Es, hermana, un signo externo  
conque el creyente ha marcado  
el toque de un desterrado  
que llama al hogar paterno.

Es la voz de la oracion  
con que á los fieles se avisa,  
que hay un alma que divisa  
las palmeras de Sion.

LOLA. ¡Y cuánto tardo en llegar!

Hacedme oir vuestro acento,  
y hasta mi postrer momento  
ayudadme, padre, á orar.

P. JOSÉ. En esta angusta ocasion

consuela mi alma angustiada  
al ver en vuestra mirada  
tan santa resignacion.

(Con mística ternura.)

El cielo rompe los lazos  
de nuestra mortal fatiga,  
y la muerte es una amiga  
que nos aduerme en sus brazos:  
y el alma en fe sumergida  
tranquila espera á Dios bueno,  
que viene á rasgar de lleno  
el misterio de la vida.

«Visteis del mar la braveza

»cuando del viento azotada

»trae impreso en su oleada

»el sello de su grandeza?

»Asimismo visteis vos

---

1 Los versos virgulados se pueden atajar en la representa-  
cion.

- »los humanos corazones  
»que en sus inmensas pasiones  
»traen el sello de Dios.  
»¿Creeis que puede apagar  
»el silencio de la tumba  
»ese *más allá* que zumba  
»cual eco vago en el mar?  
»No, hija, se queda el duelo  
»del cuerpo en la muda calma,  
»pues tiene un aliento el alma  
»que ha menester el cielo.»  
Tened confianza en Dios.
- LOLA. Sí tengo; que esta pasión  
ha abierto en mi corazón  
fuentes de fe y de esperanza:  
cuando la materia inerte  
se va ya enfriando en mí,  
aún siento, padre, algo aquí  
que no puede helar la muerte:  
un más allá que se encierra  
en mi manera de amar,  
que no lo llegó á alcanzar  
el polvo vil de la tierra;  
»porque el amor leve y ruín  
»que en la materia germina-  
»con la existencia termina,  
»y mi amor no tiene fin.»  
Y estrecho en la cavidad  
de mi mortal corazón,  
pidiendo está la expansión  
del cielo y la eternidad.
- P. JOSÉ. Dios os quiso destinar  
para luchar y vencer.
- LOLA. Padre, le quisiera ver,  
porque voy pronto á espirar.
- P. JOSÉ. Procurad, hija, extinguir  
esa mundanal idea.
- LOLA. Dejad que una vez le vea  
la mujer que va á morir.
- P. JOSÉ. Pensad, hija, en vuestro estado.
- LOLA. Endulzará mi agonía,
- P. JOSÉ. ¿Tanto le amais todavía?

LOLA. (Con certeza.)  
Como nunca le haya amado:  
cuando en el religioso anhelo  
ruego á Dios, pienso en ese hombre,  
y veo escrito su nombre  
sobre las puertas del cielo.

P. JOSÉ. Refrenad ese deseo  
y ofrecedlo al Criador,  
que es el principio de amor,  
y creed en él.

LOLA. (Alzando los ojos al cielo.) Yo creo.

P. JOSÉ. En vuestro lance postrero  
su santa ayuda implorad,  
y esperad en su bondad  
que os dará el cielo.

LOLA. Yo espero.

#### ESCENA IV.

DICHOS y la PORTERA, dirigiéndose al P. José.

PORT. De negro velo cubierta,  
una dama principal  
por sor Maria Dolores  
acaba de preguntar.

P. JOSÉ. ¿No le habeis dicho su estado?

PORT. La hemos informado ya,  
y pide con grande empeño  
que se la permita entrar.

P. JOSÉ. ¿Ha dicho cómo se llama?

PORT. Elena de Carvajal.

LOLA. Dejadla entrar, padre mio.

P. JOSÉ. (Á la Portera.)

Decid que puede pasar.

(Váse la Portera.)

#### ESCENA V.

DICHOS y ELENA, que entra despues de los cuatro primeros  
versos.

P. JOSÉ. Hija, procurad tener

- el corazon bien contrito.
- LOLA. Padre mio, necesito  
el perdon de esa mujer.
- ELENA. Lola, Lola, amiga mia.  
(Ap.) ¡Eterno Dios, en qué estado!
- P. JOSÉ. (Á Elena ) No la agiteis demasiado,  
porque se halla en la agonía.
- LOLA. «Amiga, aunque os cause pena  
»la angustia de un moribundo,  
»á la que se va del mundo  
»tendedle la diestra, Elena.»  
(Tendiéndola la diestra.)  
De vuestro buen corazon  
turbé la paz y la calma:  
le amaba con toda el alma;  
perdon, Elena, perdon.  
Solo Dios que nos escucha  
sabe el amor que hay en mí;  
mientras pude, combati,  
y veis el fin de esta lucha:  
yo domé mi voluntad,  
mas el humano albedrío  
puede guiar el navío,  
pero no la tempestad.
- ELENA. Hermoso y cándido lirio  
que marchitó el padecer,  
id al cielo á recoger  
la corona del martirio;  
y endulce vuestra agonía  
como prenda de perdon  
esta, de mi corazon,  
ferviente lágrima mia.
- LOLA. Elena, de mi conciencia  
un peso me habeis quitado,  
y esa lágrima ha borrado  
las culpas de mi existencia.  
¿Y él?
- ELENA. Al saber vuestro estado,  
á fin de poderos ver,  
se fué corriendo á obtener  
un permiso del prelado  
para entrar.

- LOLA. Al cielo plegue.
- ELENA. Sí, Lola, vendrá volando.
- LOLA. Mi vida se va apagando.  
Será tarde cuando llegue.  
«Antes de morir quisiera  
»oir su acento de amor.  
»Él fué la primera flor  
»de mi hermosa primavera,  
»de mi vida el primer paso;  
»yo la aspiré blanca y pura:  
»¡qué triste es hoy su hermosura  
»mirada desde el ocaso!
- P. JOSÉ. »Hija, esa flor vivirá  
»en el verjel del eden.
- LOLA. »Sí, padre, sí; hacedme bien:  
»habladme de un más allá.»  
(A Elena.) Por lo que por él sufrí,  
á vos que su amor teneis,  
os suplico que le ameis  
por vos, Elena, y por mí.  
«Y si el alma desprendida  
»puede volar desde el cielo  
»á dar un leve consuelo  
»á los que amamos en vida,  
»en las horas de quebranto  
»yo volaré dulcemente  
»en torno de vuestra frente  
»para secar vuestro llanto.»  
(Ligero estremecimiento.)  
Cubre... mis ojos... un velo.  
(Con voz apagada.)  
Padre... vuestra bendicion.
- P. JOSÉ. (Con conmocion y solemnidad.)  
¡Del sacerdote el perdon  
te abra las puertas del cielo!  
(Queda Lola un momento en estertor, y al oir la voz de Diego desde fuera hace un violento esfuerzo para detener su último aliento, cayendo cadáver en la silla: Elena de rodillas teniendo su mano izquierda, y el P. José la derecha.)
- DIEGO. (Desde afuera.)  
Es del prelado el permiso;

he de entrar.

PORTERA. Está vedado.

DIEGO. Haced, hermana, á un lado.

### ESCENA VI.

DICHOS, DIEGO y cuatro monjas, que se colocarán junto al cadáver.

DIEGO. (Entrando con desesperada ansiedad.)  
Lola!

P. JOSÉ. Está en el paraíso.

DIEGO. (Mirándola con ojos desencajados.)  
¡Ah!... (Pausa.)

P. JOSÉ. (Con marcada conmocion)

Hijo, delante de Dios  
gozando de gloria está,  
y vos olvidais que acá  
otro ángel llora por vos,  
(Señalando á Elena.)  
á que á una vida de hiel  
vuestro dolor la condena.

ELENA. (Levantando los ojos al cielo.)  
Dios mio, doblad mi pena,  
pero que no sufra él.

DIEGO. (Mirándola y aparte.)  
¡Elena!... ¡Cuánto sufrir  
en aquel llanto se encierra!

(Con amargura y resignacion.)  
Corazon, hay en la tierra  
deudas santas que cumplir.

(El P. José levanta á Elena y la acerca á Diego.)

ELENA. (Llorando.)  
Si te pesan ya los lazos  
de mi amor, yo iré á buscar  
un claustro donde llorar.

DIEGO. (Un tanto conmovido.)  
Ven, ángel, llora en mis brazos.

ELENA. (Con arrobamiento.)  
¡Oh, gracias, gracias, Señor!

DIEGO. Seca el llanto.

ELENA. Es de placer;

(Con expansion de lágrimas.)  
porque hay en mi seno un ser  
que necesita tu amor.

**DIEGO.** (Estremecido.)

Elena, Elena, Dios santo,  
gracias por tu compasion,  
que á un herido corazon  
abres las fuentes del llanto.

**P. JOSÉ.** ¿Lo veis? el dolor humano

Dios con tierno llanto borra:  
hijos, venid, y que corra  
sobre el pecho de este anciano:  
vuelva la calma á los dos  
tras tan ruda tempestad.

**ELENA.** ¡Bendita vuestra bondad!  
**P. JOSÉ.** ¡Bendito el nombre de Dios!

(Se oyen en lejano término las confusas armonías  
del órgano mientras cae el telon.)

**FIN DEL DRAMA.**

La segunda cenicienta.  
 La peor cuna.  
 La choza del almadrero.  
 Los patriotas.  
 Los lazos del vicio.  
 Los molinos de viento.  
 La agenda de Correlargo.  
 La cruz de oro.  
 La caja del regimiento.  
 Las sisas de mi mujer.  
 Lluven hijos.  
 Las dos madres.  
 La hija del Rey René.  
 Los extremos.  
 La frutera de Murillo.  
 La cantinera.  
 La venganza de Catana.  
 La marquesita.  
 La novela de la vida.  
 La torre de Garan.  
 La nave sin piloto.  
 Los amigos.  
 La judía en el campamento, ó glorias de Africa.  
 Los criados.  
 Los caballeros de la niebla.  
 La escala de matrimonio.  
 La torre de Babel.  
 La caza del gallo.  
 La desobediencia.  
 La buena alhaja.  
 La niña mimada.  
 Los maridos (refundida).  
 Mi mamá.  
 Mal de ojo.  
 Mi oso y mi sobrina.  
 Martín Zurbano.  
 Marta y María.  
 Madrid en 1818.  
 Madrid á vista de pájaro.  
 Miel sobre hojuelas.  
 Mártires de Polonia.  
 Maita! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.  
 Mi mujer y el primo.  
 Negro y Blanco.  
 Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.  
 Nobleza contra nobleza.  
 No es todo oro lo que reluce.  
 No lo quiero saber.  
 Nativa.  
 Olimpia.  
 Proposito de enmienda.  
 Pescar á rio revuelto.  
 Por ella y por él.  
 Para heridas las de honor, ó el desagravio del Gid.  
 Por la puerta del jardín.  
 Poderoso caballero es D. Dinero.  
 Pecados veniales.  
 Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.  
 Por una pension.  
 Para dos perdices, dos.  
 Prestamos sobre la honra.  
 Para mentir las mujeres.  
 ¡Que convidó al Coronel!...  
 Quien mucho abarca.  
 ¡Que suerte la mía!  
 ¿Quién es el autor?  
 ¿Quién es el padre?  
 Rebeca.  
 Ribal y amigo.  
 Rosita.  
 Su imagen.  
 Se salvó el honor.  
 Santo y peana.  
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
 Sueños de amor y ambicion.  
 Sin prueba plena.  
 Sobresaltos de un marido.  
 Si la mula fuera buena.  
 Tales padres, tales hijos.  
 Traidor, infonso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.  
 Todos unos.  
 Torbellino.  
 Un amor á la moda.  
 Una conjuración femenina.  
 Un dómíne como hay pocos  
 Un pollito en calzas prietas.  
 Un huesped del otro mundo.  
 Una venganza leal.  
 Una coincidencia alfabética.  
 Una noche en blanco.  
 Uno de tantos.  
 Un marido en suerte.  
 Una leccion reservada.  
 Un marido sustituto.  
 Una equivocacion.  
 Un retrato á quemarropa.  
 ¡Un Tiberio!  
 Un lobo y una raposa.  
 Una renta vitalicia.  
 Una llave y un sombrero.  
 Una mentira inocente.  
 Una mujer misteriosa.  
 Una leccion de corte.  
 Una falta.  
 Un paje y un caballero  
 Un si y un no.  
 Una lágrimas y un beso.  
 Una leccion de mundo.  
 Una mujer de historia.  
 Una herencia completa.  
 Un hombre fino.  
 Una poetisa y su marido.  
 ¡Un regicida!  
 Un marido cogido por los cabellos.  
 Un estudiante novel.  
 Un hombre del siglo.  
 Un viejo pollo.  
 Ver y no ver.  
 Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.  
 Armas de buena ley.  
 A cal mas feo.  
 Arduos y cuchilladas.  
 Claveyina la Gitana.  
 Cupido y Marte.  
 Céfero y Flora.  
 D. Sisenando.  
 Doña Mariquita.  
 Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.  
 Don Pascual.  
 El Bachiller.  
 El doctrino.  
 El ensayo de una ópera.  
 El calesero y la maja.  
 El perro del hortelano.  
 En ceuta y en Marruecos.  
 El leon en la ratonera.  
 Enredos de carnaval.  
 El delirio (drama lírico).  
 El Postillon de la Rioja (*Música.*)  
 El vizconde de Letorieros.  
 El mundo á escape.  
 El capitán español.  
 El corneta.  
 El hombre feliz.  
 El caballo blanco.  
 El colegio.  
 El último mono.  
 El primer vuelo de un pollo  
 Entre Pinto y Valdemoro.  
 El magnetismo... ¡animal!  
 El califa de la calle Mayor.  
 En las astas del toro.

El mundo nuevo.  
 El hijo de D. José.  
 Entre mi mujer y el primo.  
 El noveno mandamiento.  
 El juicio final.  
 El gorro negro.  
 El hijo del Lavapiés.  
 El amor por los cabellos.  
 El mudo.  
 El Paraiso en Madrid.  
 El elixir de amor.  
 El sueño del pescador.  
 Giralda.  
 Harry el Diabolo.  
 Juan Lanas. (*Música.*)  
 Jacinto.  
 La litera del Oidor.  
 La noche de ánimas.  
 La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.  
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
 Los dos flamantes.  
 La modista.  
 La colegiala.  
 Los conspiradores.  
 La espada de Bernardo.  
 La hija de la Providencia.  
 La roca negra.  
 La estatua encantada.  
 Los jardines del Buen retiro.  
 Loco de amor y en la corte.  
 La venta encantada.  
 La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.)

La Jardinera. (*Música.*)  
 La toma de Tetuan.  
 La cruz del valle.  
 La cruz de los Humeros.  
 La Pastora de la Alcarria.  
 Los herederos.  
 La pupila.  
 Los pecados capitales.  
 La gitanilla.  
 La artista.  
 La casa roja.  
 Los piratas.  
 La señora del sombrero.  
 La mina de oro.  
 Mateo y Matea.  
 Moreto. (*Música.*)  
 Matilde y Malek-Adhel.  
 Nadie se muere hasta que Dios quiere.  
 Nadie toque á la Reina.  
 Pedro y Catalina.  
 Por sorpresa.  
 Por amor al prójimo.  
 Peluquero y marqués.  
 Pablo y Virginia.  
 Retrato y original.  
 Tal para cual.  
 Un primo.  
 Una guerra de familia.  
 Un cocinero.  
 Un sobrino.  
 Un rival del otro mundo.  
 Un marido por apuesta.  
 Un quinto y un sustituto.

# PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

## PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	<b>S. Ruiz.</b>	<i>Lucena.</i>	<b>J. B. Cabeza.</b>
<i>Alcalá de Henares.</i>	<b>Z. Bernabejo.</b>	<i>Lugo.</i>	<b>Viuda de Pujol.</b>
<i>Alcoy.</i>	<b>J. Martí.</b>	<i>Mahon.</i>	<b>P. Vincent.</b>
<i>Algeciras.</i>	<b>R. Muro.</b>	<i>Malaga.</i>	<b>J. G. Taboada y F. de Moya.</b>
<i>Alicante.</i>	<b>Viuda de Ibarra.</b>	<i>Manila (Filipinas).</i>	<b>A. Otona.</b>
<i>Almagro.</i>	<b>A. Vicente Perez.</b>	<i>Mataró.</i>	<b>N. Clavell.</b>
<i>Amesla.</i>	<b>M. Alvarez.</b>	<i>Mondonedo.</i>	<b>Viuda de Delgado.</b>
<i>Andájar.</i>	<b>D. Caracuel.</b>	<i>Montilla.</i>	<b>D. Santolalla.</b>
<i>Antequera.</i>	<b>J. A. de Palma.</b>	<i>Murcia.</i>	<b>T. Guerra y Herederos de Andrion.</b>
<i>Aranjuez.</i>	<b>D. Santisteban.</b>	<i>Ocaña.</i>	<b>V. Calvillo.</b>
<i>Avila.</i>	<b>S. Lopez.</b>	<i>Orense.</i>	<b>J. Ramon Perez.</b>
<i>Aviles.</i>	<b>M. Roman Alvarez.</b>	<i>Orihuela.</i>	<b>J. Martinez Alvarez.</b>
<i>Badajoz.</i>	<b>P. Coronado.</b>	<i>Osuja.</i>	<b>V. Montero.</b>
<i>Baeza.</i>	<b>J. R. Segura.</b>	<i>Oviedo.</i>	<b>J. Martinez.</b>
<i>Barbastro.</i>	<b>G. Corrales.</b>	<i>Palencia.</i>	<b>Hijos de Gutierrez.</b>
<i>Barcelona.</i>	<b>A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.</b>	<i>Palma de Mallorca.</i>	<b>P. J. Gelabert.</b>
<i>Bejar.</i>	<b>P. Lopez Coron.</b>	<i>Pamplona.</i>	<b>J. Rios Barrena.</b>
<i>Bilbao.</i>	<b>E. Delmas.</b>	<i>Pontevedra.</i>	<b>J. Buceta Solia y Comp.</b>
<i>Burgos.</i>	<b>T. Arnaiz y A. Hervias.</b>	<i>Priego (Cordoba.)</i>	<b>J. de la Gámara.</b>
<i>Cabra.</i>	<b>B. Montoya.</b>	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	<b>J. Valderrama.</b>
<i>Caceres.</i>	<b>J. Valiente.</b>	<i>Puerto-Rico.</i>	<b>J. Mestre, de Mayagüez.</b>
<i>Cádiz.</i>	<b>V. Morillas y Compañia.</b>	<i>Requena.</i>	<b>C. Garcia.</b>
<i>Catalayud.</i>	<b>F. Molina.</b>	<i>Reus.</i>	<b>J. Prius.</b>
<i>Canarias.</i>	<b>F. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.</b>	<i>Rioseco.</i>	<b>M. Prádanos.</b>
<i>Carmona.</i>	<b>J. M. Eguluz.</b>	<i>Ronda.</i>	<b>Viuda de Gutierrez.</b>
<i>Carolina.</i>	<b>E. Torres.</b>	<i>Salamanca.</i>	<b>R. Huebra.</b>
<i>Cartagena.</i>	<b>J. Pedreño.</b>	<i>San Fernando.</i>	<b>R. Martinez.</b>
<i>Castellon.</i>	<b>J. M. de Soto.</b>	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	<b>J. Aldrete.</b>
<i>Castroudiales.</i>	<b>L. Ocharán.</b>	<i>San Sebastian.</i>	<b>I. de Oña.</b>
<i>Ceuta.</i>	<b>M. Garcia de la Torre.</b>	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	<b>A. Garralda</b>
<i>Ciudad-Real.</i>	<b>P. Acosta.</b>	<i>Santander.</i>	<b>E. Herrero.</b>
<i>Cordoba.</i>	<b>M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.</b>	<i>Santiago.</i>	<b>C. Medina y F. Hernandez.</b>
<i>Coruña.</i>	<b>J. Lago.</b>	<i>Segovia.</i>	<b>B. Escribano.</b>
<i>Cuenca.</i>	<b>M. Mariana.</b>	<i>Sevilla.</i>	<b>L. M. Salcedo.</b>
<i>Ecija.</i>	<b>J. Giuli.</b>	<i>Soria.</i>	<b>F. Alvarez y Comp.</b>
<i>Ferrol.</i>	<b>N. Taxonera.</b>	<i>Talavera de la Reina.</i>	<b>F. Perez Rioja.</b>
<i>Figuéras.</i>	<b>M. Alegret.</b>	<i>Tarazona de Aragon.</i>	<b>A. Sanchez de Castro.</b>
<i>Gerona.</i>	<b>F. Dorca.</b>	<i>Tarragona.</i>	<b>P. Veraton.</b>
<i>Gijon.</i>	<b>F. Dorca.</b>	<i>Teruel.</i>	<b>V. Font.</b>
<i>Granada.</i>	<b>Grespo y Cruz.</b>	<i>Toledo.</i>	<b>F. Baquedano.</b>
<i>Guadalajara.</i>	<b>J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.</b>	<i>Toro.</i>	<b>J. Hernandez.</b>
<i>Habana.</i>	<b>R. Oñana.</b>	<i>Trujillo.</i>	<b>L. Poblacion.</b>
<i>Haro.</i>	<b>M. Lopez y Compañia.</b>	<i>Tudela.</i>	<b>A. Herranz.</b>
<i>Huelva.</i>	<b>P. Quintana.</b>	<i>Tuy.</i>	<b>M. Izalzu.</b>
<i>Huesca.</i>	<b>J. P. Osorno.</b>	<i>Ubeda.</i>	<b>M. Martinez de la Cruz</b>
<i>Irun.</i>	<b>K. Guillen.</b>	<i>Valencia.</i>	<b>T. Perez.</b>
<i>Játiva.</i>	<b>R. Martinez.</b>	<i>Valladolid.</i>	<b>I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.</b>
<i>Jerez.</i>	<b>J. Perez Fluitá.</b>	<i>Vich.</i>	<b>D. Jover y H. de Rodriguez.</b>
<i>Las Palmas (Canarias)</i>	<b>F. Alvarez de Sevilla.</b>	<i>Vigo.</i>	<b>Soler, Hermanos.</b>
<i>Leon.</i>	<b>J. Urquia.</b>	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	<b>M. Fernandez Dios.</b>
<i>Lérida.</i>	<b>Miñon Hermano.</b>	<i>Vitoria.</i>	<b>L. Creus.</b>
<i>Linares.</i>	<b>J. Sol é hijo.</b>	<i>Zafra.</i>	<b>A. Juan.</b>
<i>Logroño.</i>	<b>R. Carrasco.</b>	<i>Zamora.</i>	<b>A. Oguet.</b>
<i>Lorca.</i>	<b>P. Briebe.</b>	<i>Zaragoza.</i>	<b>V. Fuertes.</b>
	<b>A. Gomez.</b>		<b>L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.</b>

## MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.